

0 1

La Ilustración Artística

AÑO XXX

← BARCELONA 13 DE FEBRERO DE 1911 →

NÚM. 1.520



BLONDINA, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El brindis de Antonio*, por José Sánchez Rojas. — *Cuadros de Ripamonte*. — *El descarrilamiento de Torreblanca*. — *El naufragio del «Abanto»*. — *Deportes de invierno*. — *Valls. Las fiestas de la coronación de la Virgen de la Candela*. — *Lo que puede el amor* (novela ilustrada; continuación). — *De Colón á Panamá. Atravesando el istmo*, por Adrián del Valle. — *Teatro Regional Valenciano. «L'ase del poble»*.
Grabados.—*Blondina*, cuadro de Juan Brull. — Dibujo de Luisa Vidal, ilustración al cuento *El brindis de Antonio*. — *Llamada. De regreso*, cuadros de Carlos P. Ripamonte. — *Descarrilamiento de Torreblanca* (dos vistas). — *El naufragio del «Abanto»* (tres fotografías). — *Deportes de invierno* (once fotografías). — *Hilandería*, cuadro de Bernardo de Hoog. — *Retrato de la Sra. X.*, pintado por Arturo Noci. — *La paz del hogar*, cuadro de Carlos C. F. Wentorf. — *Celestia*, cuadro de José M. Tamburini. — *Valls. Coronación de la Virgen de la Candela*. — *Londres. Inauguración del Parlamento. Atravesando el istmo de Panamá*. — *«L'ase del poble»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Debo decir, en honor de la verdad, que ya no abundan tanto los mendigos por las calles de la villa y corte. Más de la mitad ha desaparecido. Algo es algo. En estas cuestiones, todo es empezar.

Quedan aún no pocos hampones sin recoger. Todavía surgen, asaltan, dispuestos á emprender la fuga si se les habla de asilamiento. En mis últimos *flaneos* por las calles de la capital he encontrado aún infinitos ejemplares de los varios tipos clásicos de la mendicidad callejera. Niños tan chiquitos que apenas se les ve; viejas tan caducas que parecen reducirse á polvo; pícaros con brazos secos y ciegos de buena vista; mozallones sin oficio y golfos descamisados, continúan saliendo de cada esquina, como sabandijas, para aprovechar la buena ocasión que ahora se les ofrece, ya que han desaparecido tantos de sus rivales y competidores, y la sabrosa limosna toca á más y á menos.

Porque es preciso reconocerlo explícitamente; en Madrid, la mendicidad, sin dejar de ser una manifestación de la miseria, de las pésimas condiciones económicas sociales, es, en realidad, una industria. Industria organizada, con sus tretas, su escenografía, sus efectismos, sus artes y mañas, sus peculiares estilos de estrategia y táctica, y, en suma, su constitución más sólida acaso que la de otras formas de industrialismo, que se encuentran hoy en decadencia lastimosa.

Mientras las tiendas de Madrid se quejan de la fatal época que atraviesan, tiempo de penuria y de vacío, la industria mendicante no tiene *cebolla*.

Para los hampones no hay cuesta de Enero. Al contrario, el frío, estimulando la compasión, es uno de sus poderosos auxiliares. El que cruza por una calle, en una de esas tardes rigurosas en que el Guadarrama afeita, siente piedad, al subirse el cuello del gabán ó ceñirse la pañosa, del que ve enseñando las carnes por un desgarrón. Y de noche, á la salida de los cafés y de los teatros, el que se dirige en busca de su caliente lecho, se ablanda ante los acurrucados en el quicio de una puerta, como dispuestos á dormir allí, al abrigo de las piedras.

Y puesto que he citado al comercio, cuya situación realmente no es próspera, se me ocurre que, en gran parte, la falta de iniciativa de este comercio podrá contribuir, no sólo á su malestar, sino al malestar de mucha gente, de las clases más necesitadas, de las realmente trabajadoras. En Madrid, el comercio ha aceptado la *cebolla* como una necesidad ineludible; se ha avenido á que, mucha parte del año, ni se venda, ni se prepare lo necesario para la venta futura. Yo he pensado mil veces que debiera hacerse exactamente lo contrario de lo que se hace; es decir, que convendría aprovechar lo que en Francia se llama *morte saison*, para tener abundancia de material dispuesto, en buenas condiciones, cuando llega el período de la venta. Comprendo que el patrono busque su propia ventaja, que es al cabo lo que hace todo el mundo, y que saque partido de las vacaciones para encontrar operarios baratos. Mejor es abaratar los salarios, que poner en la calle á los que en momentos de apuro se emplea, y que, á su vez, tendrán mayores exigencias cuando saben que son necesarios.

De esta costumbre de prepararlo todo aprisa, se origina la especie de retraso con que salen á luz, en Madrid, los artículos de estación, causa muchas veces de que, en vez de surtirse aquí, parte del vecindario encargue á París, á Biarritz, á Bayona. No puede Madrid sostener la competencia, entre otras razones, por llegar siempre tarde. En París, donde los artículos de invierno se preparan en el rigor del verano, y son junio y julio los meses en que se cose en piel, el surtido se halla pronto en septiembre, y la venta empieza con brío desde los primeros días de octubre. Si en Madrid pedís en octubre un sombrero de in-

vierno, un boa de novedad, un tejido grueso, generalmente contestan que lo están esperando de un momento á otro. Rara vez madurga este comercio, tardío en la presentación del género, á menos que saque á á relucir lo que quedó del año pasado.

Aquí no hay ese sistema tan francés de saldar con rebaja, á fin de temporada, los artículos de fantasía que no corrieron. Al año siguiente, se reexhiben los refritos, y los reconocemos las mujeres, que para eso tenemos muy buena vista, y naturalmente, no los compramos. Los saldistas acaban por encargarse de ellos, desflorados y anticuados ya. Fuera mejor liquidarlos en tiempo; pero la idea de que la mercancía *defraichie* vale menos y hay que soltarla en condiciones que tienen y compensen, no ha llegado á abrirse camino en las tiendas de Madrid. Si entráis en alguna de ellas y entabláis conversación, todo son lamentaciones acerca del poco patriotismo de las damas españolas, que prefieren encargar al extranjero ó traerlo cuando salen de viaje. Por mucho que fuese el patriotismo de las damas, esto sucedería, en atención á que el género que en Madrid suele aparecer en escaparates y anaquelarias, de Francia viene también; cuando viene de Cataluña, los comerciantes lo dan por parisiense; así es que la única diferencia entre traerlo de fuera ó comprarlo en Madrid, sería la ganancia del intermediario. El problema, sólo pudiera resolverlo el intermediario mismo, colocándose al nivel de Francia. A esto no se ha llegado, ni veo trazas de que se llegue tan pronto.

Las tiendas de Madrid, en vez de remozarse, parecen adquirir, con la mala temporada, un aspecto reviejo; en vez de animarse, languidecen; en vez de dar facilidades, dificultan el despacho, cerrando á horas del día en que por un orden natural pierden ocasiones; y hay hasta algunas tiendas—no sólo de tejidos y novedades, sino de otros varios artículos—que se resisten á enviar el género á casa del comprador, así como hay otras—¡horripílense los franceses!—donde no se dan muestras.

Cada cual vende como le place, ello es evidente; pero no deben extrañar los comerciantes que el público, mal acostumbrado á mimos y zalamerías en otros países, los exija también en Madrid. Toda tentativa de abaratamiento (aparente ó real); toda facilidad concedida, en una ó en otra forma, encuentra eco en el público, que responde inmediatamente á estas atenciones, y se deja embelesar por ellas. Yo no quiero dar á entender que todo el comercio de Madrid carezca del espíritu de actividad que presta tanta vida á de otras grandes capitales. Siempre habrá excepciones. Reflejo una impresión de conjunto.

Citaré, por ejemplo, un artículo; los sombreros de señora. En Madrid, no existe venta de sombreros sino durante mes y medio ó dos meses de otoño y otra temporada igual de primavera. El resto del año buscáis un sombrero y no lo encontráis. Es evidente que se trajeron unos modelos de París, se copiaron, se despacharon, y ya no se pensó en otra cosa. Muchas señoras comprarían sombreros en enero, febrero ó marzo; pero es el caso que no existen. Esto creo yo que puede calificarse de falta de instinto industrial. En París, cada mes del año salen hornadas de sombreros, distintos, variados, para todo capricho, aunque la estación de los grandes modelos tenga su época determinada. Por falta de sombrero no dejan ellos escapar á una cliente.

Se me dirá: ¿y siendo así, cómo se concibe que en el comercio de Madrid se labren grandes fortunas? En primer lugar, yo creo que esos tiempos heroicos han pasado, y que ahora, efectivamente, sufren una crisis. En segundo, como no todos los comerciantes son iguales en carácter y en métodos, algunos dan impulso á su industria, aunque nunca en grandes proporciones. En tercero, porque el sistema más general, que es el de vender algo caro, hace que el beneficio, á la larga, sea lucido y pingüe, y se obtenga con relativa facilidad, sin quebrantos ni riesgos. Yo podría demostrar esto que afirmo con números y nombres, comparando precios de otras capitales, (aun de la que pasa por muy cara, que es Londres), con los de ciertos artículos que se expenden en Madrid, pero creo que los hechos son demasiado visibles para que haga falta documentarlos.

El problema del comercio es incitar á quien no había pensado en adquirir, á que adquiera; en suma, se trata de abrir las ganas de comprar. Esto se sabe hacer muy artísticamente en otras tierras, y en la nuestra dijérase á veces que se hace todo lo contrario, y el que entra en una tienda animado y con la bolsa franca, pierde el humor y se marcha sin pecar. Tiendas hay donde se nota pereza en vender. Y, á la pereza del vendedor, sigue inmediatamente la desganancia del comprador.

Aquí no se saca, como en París, la mercancía á la acera; apenas si al mostrador se saca; y los únicos que

demuestran viveza comercial, son los vendedorcillos ambulantes, que nos atruenan los oídos ofreciéndonos el artículo á precios inverosímiles. Quizás en esos humildes *camelots* esté el porvenir, la futura escuela del comercio matritense. Ellos preparan otra época, en la cual no habrá que encargar á Francia nada de lo que se ha menester para el consumo nacional.

En cambio, el ramo de hoteles y *restaurants* parece que va á «entrar en el movimiento.» El hotel Ritz, que he visitado desde las cuevas y cocinas hasta los salones, está bien montado y muy ajustado á las reglas del confort. La comida, sin embargo, la considero muy mediana, á pesar de los altos precios. El te cuesta allí medio duro por taza. El día de Año Nuevo, anunció el Ritz cenas á diez pesetas, á las doce de la noche, y acudió un gentío, que sufrió una desilusión, pues por diez pesetas creía poder cenar regularmente, (no estando comprendido el vino), y se encontró con que le daban dos platos muy escasos; de suerte que, añadido lo que se requería para poder llamar cena á aquella angustiosa refacción, hubo que subir el gasto hasta cuatro ó seis duros. Como se ve, tampoco en este particular estamos aún los madrileños á la altura de París, donde diez francos permiten comer hasta lujosamente; pero, según referencias, la competencia se establece ya, y muchas pastelerías tienden á convertirse en *restaurants* agradables y no caros.

También es un arte, la tentación de gula... Observad una confitería francesa, y notad con qué cuidado maneja la plateada tenacilla el que os sirve los dulces, y cómo relucen de aseó mármoles, dorados y mesas. Entrad en Madrid en los templos de la golosina, y veréis con cierto horror que unos dedos impurificados y unas orladas uñas se tienden hacia el bombón ó la ciruela escarchada que se os ha ocurrido tomar, y os la ofrecen con el tenedor de Adán, sin más ceremonias. En la trastienda, en las cocinas, se pueden hacer cosas que no nos gustarían si las presenciásemos, y hay que resignarse; ojos que no ven, corazón que no quiebra. Pero, una vez presentado el artículo, es preciso proceder de tal suerte, que creamos que no lo han confeccionado hombres, sino duendes pulcros. Sólo así podríamos sufrirlo.

Se come con la vista; con la vista se gasta, se consume. Todo lo que no sea halagar la vista y facilitar y abaratar y enseñar mucho los géneros, no será tener instinto y genio comercial. Hay que adelantarse á los antojos, á las mañas, y no digamos á los deseos del comprador, pues los bolsillos son fortaleza que no se conquista sino con las armas del agrado y la habilidad.

No existe en Madrid el tipo de la señora que sale á divertirse en hacer compras. No diré que no tienden las señoras de Madrid, pero lo hacen por estricta necesidad. En París, el ir de tiendas constituye un agradable *sport*.

Aprovechando estas condiciones en que se encuentra el comercio de nuestra capital, vienen á hacerle la más ruinosa competencia modistas y sastres del extranjero, y hasta casas de novedades establecidas en provincias, que envían á domicilio viajantes, con muestrarios y géneros, á principio de estación. En vano se quejarán de ello. No valen, comercialmente hablando, las quejas; hay que arreglar las cosas de modo que se realice la gran conquista del público.

Como no es cosa de hacer reclamos, ni antirreclamos, llamaré los nombres de las dos perfumeras donde me sucedió lo siguiente. Entré en la primera, pregunté el precio de un artículo corriente, y me dijeron que cuatro cincuenta. Salí de allí, y encontré otra perfumería, á doce metros de distancia, en la misma calle. Me sacaron exactamente el mismo artículo, con igual marca, y me cobraron dos cincuenta. Verdad que me costó mucho trabajo hacerme servir, por el tropel de gente que llenaba la segunda perfumería. Se agolpaba allí la multitud, comprando con empeño y prisa, mientras que en la primera no había un alma. Y la razón era sencillísima: en la primera todo costaba el ochenta por ciento más que en la segunda; y esto se sabía, aunque no se dijese en los diarios. Era una demostración viva de cómo hay que vender, para tener parroquia.

Se conocen dos sistemas: que el capital se mueva una vez al año, redituando un ciento sesenta por cien, ó que se mueva varias veces, redituando cada una un diez, verbigracia. El primero es más descansado; el segundo, más comercial. El primero está mandado retirar, y, á la larga, ha de quebrar, porque la gente discurre. El segundo gana terreno. La tendencia moderna va hacia la venta propia y sin exagerado beneficio, que crea la necesidad y la satisface en condiciones prácticas. ¡Cuán lejos estamos de esta idea, en la villa del garbanzo!



—Antonio, hablas del amor que da gusto. ¿Para ti qué es el amor, Antonio?

EL BRINDIS DE ANTONIO

I

Cuando leyó en el periódico la noticia de la boda de Luisa, Antonio sintió una angustia tan grande en el corazón, que estuvo á pique de sollozar. Antonio era víctima de su timidez. Amigo desde la infancia de aquella criatura burlona y traviesa, contertulio de los padres de Luisa que le estimaban grandemente, Antonio, sin formularse nunca, allá en las entrañas del corazón, sin conciencia de ello, amó á Luisa de veras, escribiéndole cartas donde la amistad jugaba al escondite con el amor. Pero Antonio se alejó de Luisa. Marchó á Madrid á concluir su carrera de ingeniero y la correspondencia, asidua y cariñosa del principio, sufrió luego interrupciones largas y silencios constantes. O Antonio era torpe en achaques de amor ó Luisa no se curó nunca de las intenciones del amigo de la niñez. Entretenido en amos vulgares, que no alejaban nunca el perfume del recuerdo de Luisa ni el anhelo de tornar á ella, Antonio, que pensaba vagamente en Luisa, y en las burlas de Luisa, y en su charla animada y picante, dejó pasar el tiempo. Y la muchachuela se puso, en el entretanto, en amores con un abogadete, secretario del casino de Villa-Regia, quien—según decía *La Voz*—«había pedido la mano de la bella y distinguida señorita Luisa Córdoba, cambiándose valiosos regalos, entre los novios, con tan fausto motivo.»

Cuando nuestra historia comienza, acababa de llegar Antonio al pueblecillo natal, un acabado pueblo castellano, asentado en la llanura abierta. Acababan de hacerle ingeniero industrial. En el Casino leyó la noticia de la boda de Luisa, y él, que tenía siempre genio alegre y conversación abundante, quedó como alelado con la noticia. Aquella gacetilla vulgar y corriente, ¿por qué le llegaba tan al alma y rompía con brutalidad el ritmo de sus esperanzas? ¿De qué se quejaba? ¿Acaso era él preterido, burlado, con aquel

escopetazo repentino? ¿Pero había dicho él, Antonio, alguna vez á Luisita Córdoba que la amaba formalmente?

Los más serios razonamientos no aplacaban sin embargo su desasosiego singular. Las letras de aquella gacetilla eran unos garfios que le desgarraban las entrañas. En la sala de la biblioteca fué á ocultar su dolor. Allí estaba el juez, que le preguntaba bagatelas sobre las tiples de Apolo. ¡Para bagatelas estaba él! Necesitaba sollozar, desahogarse, deshacerse en un río de lágrimas lentas, mansas, aplacadoras. Y no pudiendo soportar la charla del representante de la justicia en Villa-Regia, marchó á su casa, subió á su cuarto, cerró las maderas del balcón, y vestido, sobre la cama, lloró como no había llorado nunca. Luego, dominando una pesadilla, se quedó dormido.

Una voz acariciadora y dulce, la de doña Ramona, su mamá, despertó á haberse. La gentil señora, que no tenía tiempo de haberse percatado de la crisis moral porque atravesaba su hijo, entregó á éste una carta del interior. Era de D. Paco Córdoba, padre de Luisita. En ella saludaba al novel ingeniero, rogándole que fuera por la noche á su casa. «Luisita—añadía el buen caballero—tiene también deseos de verte. Ya sabrás que se nos casa para el mes que viene. Queremos que tú, buena pieza, vayas también á la boda, aunque ya te invitaremos oficialmente, como á tu mamá.»

—Dime, Antonio, ¿quién te escribe?, preguntó la señora, mientras su hijo concluía la lectura de la carta.

—D. Paco, mamá, y me invita para que vaya esta noche á su casa, replicó, con la voz algo velada por la emoción, el ingeniero.

—¡Bien, hijo, no faltes! ¡Pero cuántas ganas tenía de abrazarte, señor ingeniero!, susurró doña Ramona.

—¡Como yo á ti!, madre mía!, confirmó Antonio. Y abrazándose madre é hijo, sollozó el ingeniero sobre el regazo maternal. Doña Ramona pensaba, conmovida, que su hijo, aunque había sido algo dis-

colo y más que pedigón, encerraba un tesoro de ternura para ella. Y estrechándole contra su pecho, se confundieron las lágrimas de los dos.

II

Las campanas de San Eustaquio comenzaron á sonar alegres en todos los corazones, menos en el de Antonio, á las diez de la mañana. Se casaba Luisita. Doña Ramona entró en el cuarto de su hijo para que despachara pronto. Y minutos después, el ingeniero, que vestía una magnífica levita inglesa y el reluciente tubo, ofreció el brazo á su mamá, que llevaba prendida á la cabeza la mantilla española con singular donaire. Y los dos marcharon á casa de los señores de Córdoba para unirse á la comitiva.

Luisita, con su vestido blanco y los hermosos ojos negros llenos de emoción, estaba extraordinariamente guapa. Saludó con un montón de besos alborotados y rumorosos á doña Ramona y con una mirada de confianza y de rubor al ingeniero. Éste, hecho á ocultar sus emociones y á rumiarlas en silencio, respondió á la mirada de Luisa con una cortés inclinación de cabeza. Apenas pudo hablar á Luisa, que se escabulló entre un corro de amigas que le decían palabras de afecto, besuqueando el rostro gentil y curioseando los encajes de su vestido de novia.

La comitiva se puso en marcha. El pueblo se agolpaba en las calles haciendo elogios de Luisa. En la iglesia la ceremonia fué breve, rápida. Antonio asistió al derrumbamiento de su dicha con una apariencia de serenidad inalterable.

Pocas horas después, los novios y los invitados se sentaron á la mesa. El juez, muy dado á las expansiones retóricas, propuso que se brindara por la felicidad de los novios. Un redactor de *La Voz* comenzó el fuego: alabó la belleza de Luisa y los encajes del vestido blanco. Sonaron los aplausos y los vivos. El juez, estirándose los puños de la camisola, habló

del origen del matrimonio hasta nuestros días, entre la admiración de dos curiales y el mohín de impaciencia que acentuaban cada vez más las señoras á medida que avanzaba la fatigosa peroración. Y D. Pedro Córdoba, que miraba con amor á su hija, propuso que brindara el ingeniero. Antonio se negó con modestia, pero con don Pedro hicieron causa común los comensales. Y el ingeniero se levantó. Luisa, con el codo sobre la mesa y la palma de la diestra apoyada en su blanda cabecita, se dispuso á oír á Antonio con afectuosa curiosidad.

Comenzó el ingeniero. Su voz, al principio temblona y opaca, se tornó en seguida diáfana y vibrante. Habló de los novios; habló de Luisa, de los juegos de la infancia, del ayer risueño en que él estampaba besos sonoros sobre la frente pura de su amiga. Luisa era para el corazón su hermana. Quería que estas bodas dieran frutos de bendición. Él enseñaría mañana á los hijos de Luisa á dominar el mundo y á ser buenos. En la futura familia de sus amigos pedía un puesto y á Luisa le enviaba flores, votos de dicha, victoria en el porvenir y seguridad en el amor.

Estallaron los aplausos al oír la original oración de Antonio. Pronto se deshizo la sobremesa ante la impaciencia de las muchachas para bailar. Luisa dijo al ingeniero cariñosamente:

—Antonio, hablas del amor que da gusto. ¿Para ti qué es el amor, Antonio?

—¿El amor? Silencio, Luisa; eso es para mí amor.
—¿Silencio nada más, Antonio?
—¡Silencio y sacrificio!, replicó el ingeniero.

CUADROS DE CARLOS P. RIPAMONTE

Recientemente nos cupo la satisfacción de poder dar á conocer á nuestros lectores varias obras del distinguido pintor argentino Ripamonte, entre ellas la que obtuvo el primer premio en el concurso abierto por el gobierno de aquel país de cuadros de costumbres. Hoy publicamos las reproducciones de otros dos cuadros, que han de considerarse como complemento de la colección á que nos referimos. En éstos como en los anteriores pueden observarse las condiciones de su autor y los nobles propósitos que persigue, á cuyas circunstancias debe se le considere como el campeón de la moderna escuela nacionalista.

Según ya dijimos al ocuparnos de las obras de Ripamonte, éste reproduce en el lienzo cuanto recuerda á su patria, presentándonos con singular acierto los tipos, costumbres, paisajes, etc., y cuanto puede dar á conocer aquel privilegiado país, cuanto signifique el ayer glorioso de su historia y el presente, típico, pintoresco en su grandeza y próspero, para que todos amen á la patria querida y aprendan á conocerla y ensalzarla. Por eso los dos lienzos cuyas copias figuran en esta página retratan, el primero una escena mi-

litar de la independencia argentina, cual es el acto de reunirse los guerreros de las pampas, y el segundo un cuadro de costumbres representando á los pamperos de hoy regresando á su hogar después de una fiesta.



Llamada, cuadro del distinguido pintor argentino Carlos P. Ripamonte

Y los ojazos negros de Luisa interrogaban, en el misterio y en la inconsciencia, á su amigo, que desvió la mirada sonriendo amargamente.
(Dibujo de Luisa Vidal.) JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS.



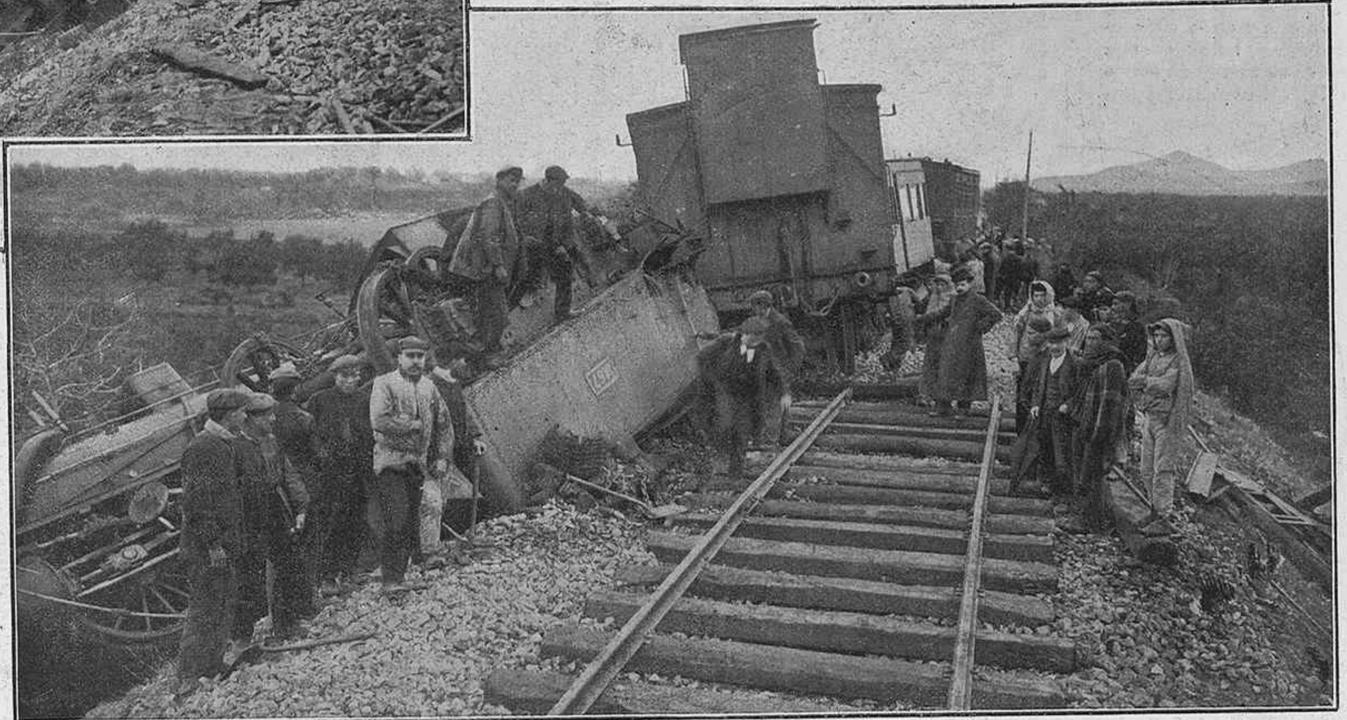
De regreso, cuadro del distinguido pintor argentino Carlos P. Ripamonte

EL DESCARRILAMIENTO DE TORREBLANCA.—EL NAUFRAGIO DEL VAPOR «ABANTO»

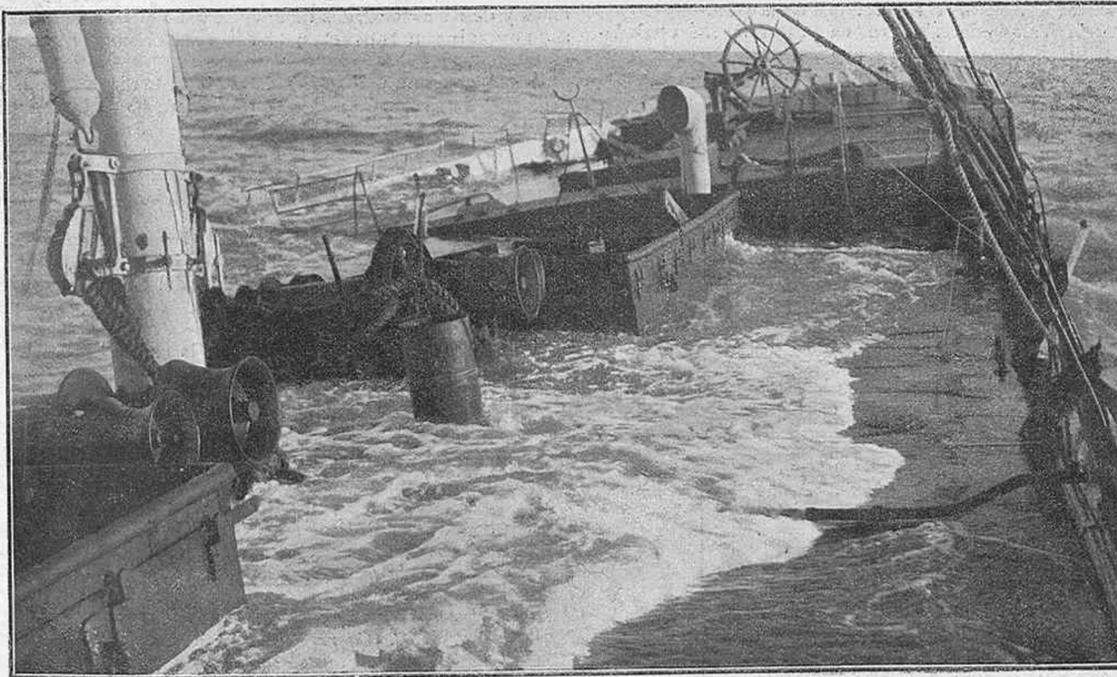


La máquina, el tender y el vagón jaula causa del descarrilamiento.

El tren correo que salió de Valencia en la noche del 31 de enero último descarriló pocas horas después en término de Torreblanca, revisiendo el accidente las proporciones de catástrofe, ya que de él resultaron dos muertos y varios heridos. La locomotora salió fuera de los rieles destrozándose el terraplén; el tender fué á parar á varios metros de distancia quedando completamente volcado, con la armazón de las ruedas en alto y hecho pedazos; el furgón de cabeza quedó también enteramente destruido y montado sobre él el primer vagón de viajeros de tercera clase; según un vagón de primera que al descarrilar quedó empotrado entre la vía sin sufrir desperfectos y seis vagones más que nada sufrieron.



Vista general del tren descarrilado. (De fotografías de F. Moya.)



Vista de la cubierta de popa del «Abanto» después del naufragio

unos metros de la máquina, resultando con heridas en la cabeza y contusiones en los brazos.

El terrible temporal que tantas víctimas causó en nuestras costas en la noche del día 1.º de este mes, sorprendió en la playa de Canet (Valencia) á los vapores *Abanto*, *Gaucogortamendi* y *Somorostro*, de la casa Sota, Aznar y C.ª de Bilbao, que se hallaban en aquel puerto cargando mineral. La fuerza del viento les obligó á huir mar adentro, pero en vista de que el peligro aumentaba, sus capitanes procuraron encallar, á fin de salvar, en lo posible, las naves. De los tres barcos, el *Abanto* fué el que quedó en situación más difícil; de popa al mar, y empujado por las olas, que abrieron en él varias vías de agua, fuése á pique, no quedando fuera del agua más que el palo de popa y una parte del de proa.

La tripulación luchó denodadamente contra la furia del mar, pero sus esfuerzos resultaron inútiles y al hundirse el barco perecieron todos sus tripulantes, incluso el capitán, en número total de veintidós.

En la playa han aparecido algunos cadáveres, entre ellos el del capitán, que fueron depositados en el cementerio de Sagunto en donde le reuconó su compañero Francisco Mas, el único tripulante del *Abanto* que se salvó gracias á la circunstancia de encontrarse en tierra disfrutando de una licencia que le había sido concedida para visitar á su familia residente en Villajoyosa.

El vapor naufragado se considera totalmente perdido; en cuanto á los otros dos, el *Gaucogortamendi* y el *Somorostro*, se confía en poder salvarlos. Sus tripulaciones no han sufrido baja alguna, á pesar del gravísimo peligro que han corrido.

El *Abanto* era un vapor de 3.500 toneladas y había sido construido en 1881 en los astilleros de Newcastle; lo mandaba el capitán D Natalio Larracochea, natural de Cárdenas (Cuba), que contaba treinta años.



Conducción de un cadáver á tierra.—El único tripulante sobreviviente yendo á reconocer los cadáveres. (Fotografías de Barberá.)

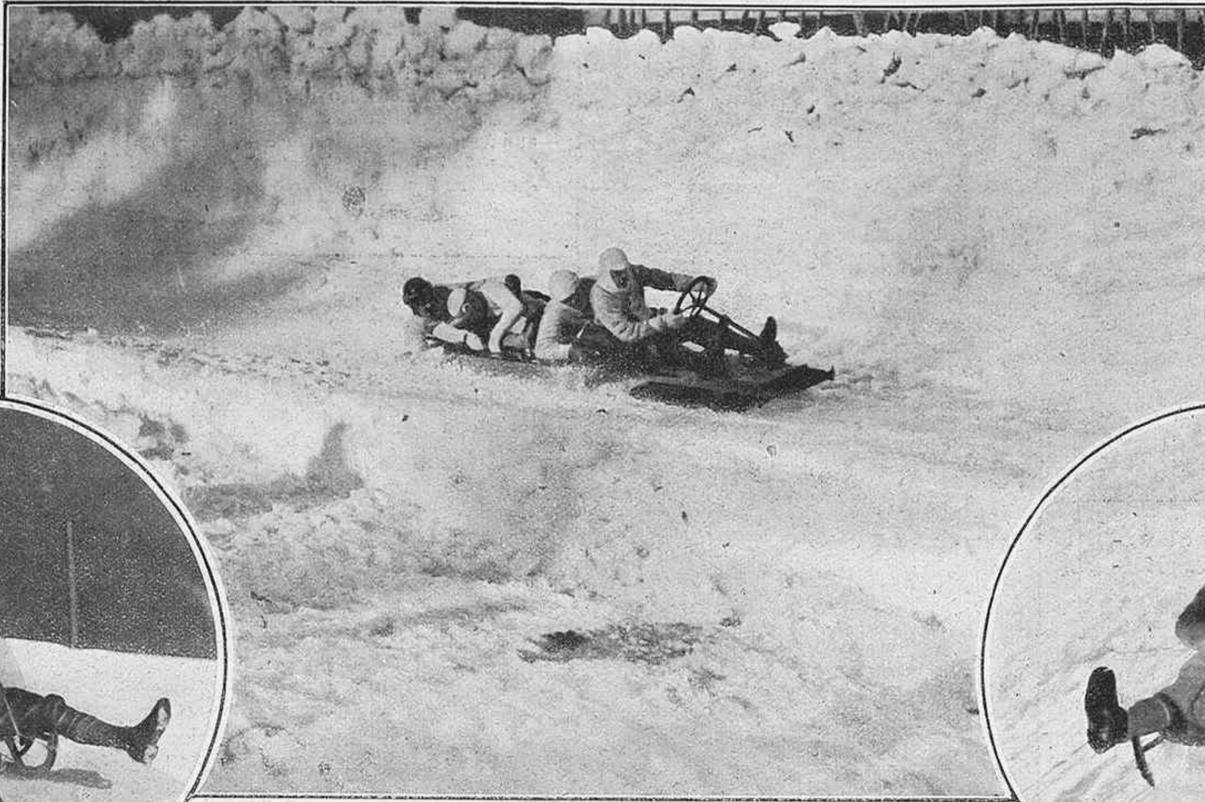
DEPORTES DE INVIERNO.—EN CHAMONIX.—LA SEMANA DEL TOURING-CLUB DE FRANCIA

Aumenta de día en día la afición á los deportes de invierno. Ya no son sólo los pueblos septentrionales los que se dedican á esta clase de ejercicios, que practican en sus campos y montañas cubiertos de nieve durante un largo invierno; también aquellos en que los paisajes nevados constituyen una excepción ó poco menos quieren practicarlos y no vacilan en ir en busca de lugares á propósito, aunque para ello tengan que organizar verdaderas excursiones, no siempre fáciles y cómodas. En esta y en la siguiente página hallamos una prueba elocuente de lo que decimos. Los primeros gra-

A las diez salió de la Casa de la Villa el cortejo oficial que se dirigió á Bourg-Madame, en donde esperaba ya un gran gen-

A las cinco emprendieron su viaje de regreso los excursionistas, siendo despedidos con el mismo entusiasmo con que fueron recibidos á su llegada.

Animadísimas han estado las fiestas que con el nombre de «Gran semana de deportes de invierno en Ribas» se han celebrado por iniciativa y bajo la dirección de la Sección de deportes de montaña del *Centre Excursionista de Catalunya*. Numerosas y distinguidas familias de la alta sociedad barcelonesa y numerosos deportistas de ambos sexos han permanecido en aquella pintoresca comarca los ocho días que



Chamonix.—Carreras de bobsleigh. Una virada difícil (Fotografías de M. Branger.)



Patinador en luge



Patinadora en luge

bados se refieren al gran concurso recientemente celebrado en Chamonix, país como pocos adecuado á esta clase de deportes; pero en cambio los otros dos son una demostración de los esfuerzos que los aficionados han tenido que realizar para poder dedicarse á ellos: el Touring-Club de Francia, que tiene su residencia en París, efectuando una expedición á los Pirineos Orientales; y la sección de deportes de montaña del *Centre Excursionista de Catalunya*, de Barcelona, trasladándose al apartado valle de Ribas.

En Chamonix ha habido numerosas carreras de todas clases: nacionales é internacionales, de hombres y mujeres, de skis, bobsleighs, lugés, patines y trineos; se han jugado interesantes partidas internacionales de hockey sobre el hielo, y se han disputado importantes premios; entre ellos las copas León Auscher, del «Press Club» de Londres, de los Deportes de invierno y del presidente de la República, y el campeonato de Francia.

El Touring Club de Francia, de cuya expedición al Canigó dimos cuenta en el número anterior hizo el día 30 de enero última una visita á la ciudad española de Puigcerdá.

to procedente de la Cerdeña rancesa. Poco después apareció la caravana del Touring Club, repartida en numerosos automóviles que ostentaban banderas españolas. Al llegar la comitiva á la línea de la frontera tuvo lugar la presentación oficial, haciendo el alcalde de Bourg-Madame la presentación de los expedicionarios al alcalde de Puigcerdá y presentando éste á su vez al Touring Club á las corporaciones de la villa.

La entrada de los excursionistas en Puigcerdá fué verdaderamente triunfal. Después de la recepción oficial, que se efectuó en la plaza de Salmerón, pasaron todos al Círculo Agrícola Mercantil, en donde los del Touring Club fueron obsequiados con un vermouth de honor, mientras la música militar francesa y la sección coral del Centro Obrero ejecutaban escogidas composiciones.

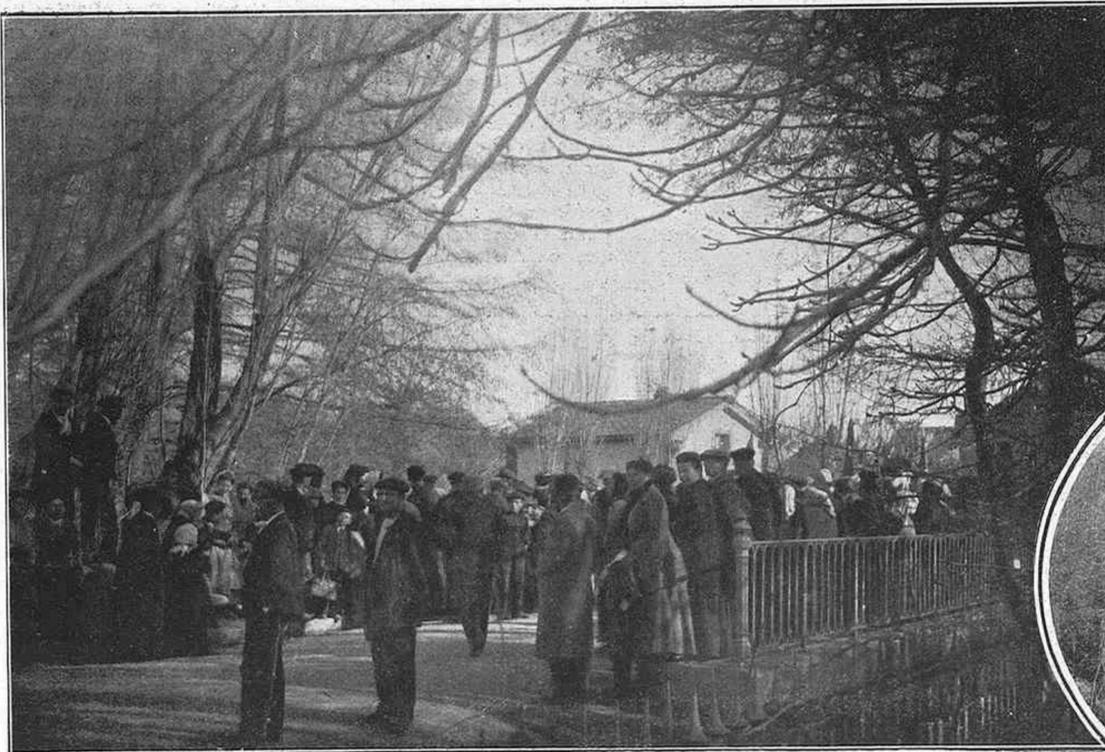
Celebróse luego el banquete, al final del cual pronunciaron elocuentes brindis el presidente de la caravana Sr. Auscher, el síndico del Ayuntamiento de Puigcerdá Sr. Pujol, en representación del alcalde, el prefecto de los Pirineos Orientales, el general de división de Perpiñán, y el presidente del comité de organización de las fiestas Sr. Martí. Terminados estos brindis, el Sr. Auscher volvió á usar de la palabra proponiendo elevar al embajador de Francia en Madrid un mensaje de gratitud al rey de España.

A las tres de la tarde, efectuóse una brillante recepción en el Casino Ceretano, recitándose poesías, cantándose canciones po-

han durado las fiestas y los concursos, habiendo sido objeto de los más cariñosos obsequios y agasajos por parte de los vecinos y de las autoridades de aquella población, que en honor suyo organizaron banquetes, bailes, recepciones y representaciones teatrales.

El programa no podía ser más interesante ni más completo. En punto á excursiones, comprendía, entre otras, las del monte Taga (2.071 metros), del santuario de Nuria, del Puigmal (2,909 m.), de San Antonio (1.277 m.), de los valles de la Molina, del collado de Tossas (1.800 m.); y en cuanto á carreras, figuraban en él concursos de lugés, bobs y skis para caballeros señoritas y niños.

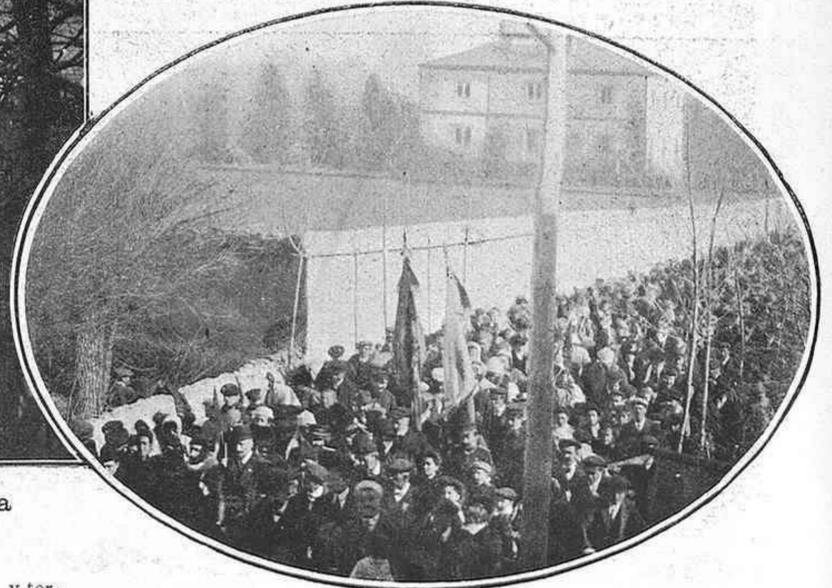
Los premios fueron adjudicados en la forma siguiente: *Carreras de lugés para señoritas*: señoritas Cubiló (copa del R. C. de Cazadores), Morral (joyero y medallón del Sr. Mercadé), Savall, Amat, Enberg, Guarro y Fontrodona (medallas de plata de la Sección de deportes de montaña). — *Carreras de skis para señoritas*: señoritas Schanke (copa de la casa Comas y C.^{as}) y Matheu (medalla de plata de la Sección). — *Carrera de lugés (campeonato)*: Sres. Kleeblatt (copa del Sr. Ribera y placa de oro del Centro Excursionista), Banola (objeto de arte de la Agrupación de Sports y Excursiones de Ribas), Mata, Torras, Roca, Soler (R.), Soler (P.), Llopis, Santamaría y Alexander (objetos de arte y medallas). — *Carrera de skis, fondo*: señores Mata (copa Barcelona y placa de vermeil de la Sección), Santamaría (placa de plata), Kleeblatt, Amat, Balcells y Barrié (medallas). — *Carrera de skis, velocidad*: Sres. Möller (copa Canaletas, del Sr. Sala), Mata, Kleeblatt, Barrié, Santamaría y Amat (objeto de arte del Sr. Schilling, placa de plata y medallas). — *Carrera de lugés para vecinos de Ribas*: Sres. Riu, Aguilár, Serrat y Sitjá. — *Carreras de skis para niños*: Sres. Casals (José), Casals (Juan), Fossas, Paret. — *Carreras de lugés para niños*: Sres. Surroca, Vilalta, Martínez y Corominas. — S.



Puigcerdá.—Esperando á los expedicionarios del Touring-Club de Francia en el puente internacional

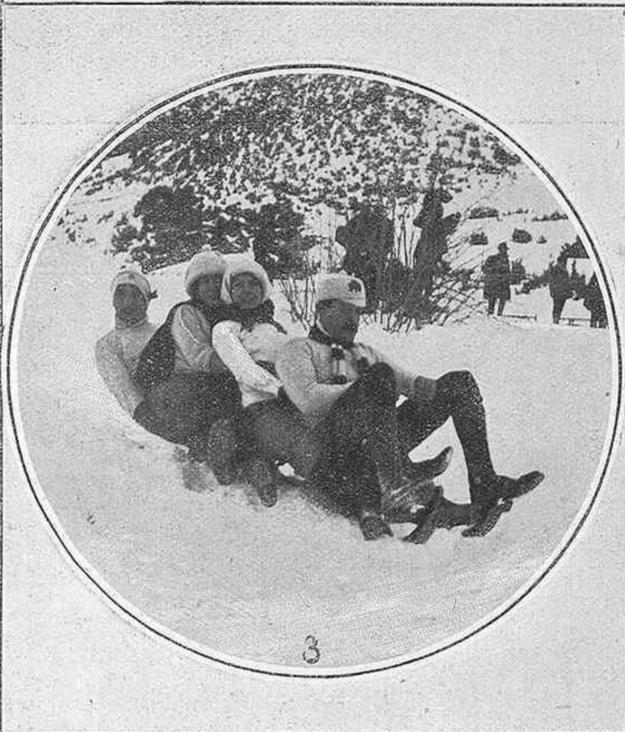
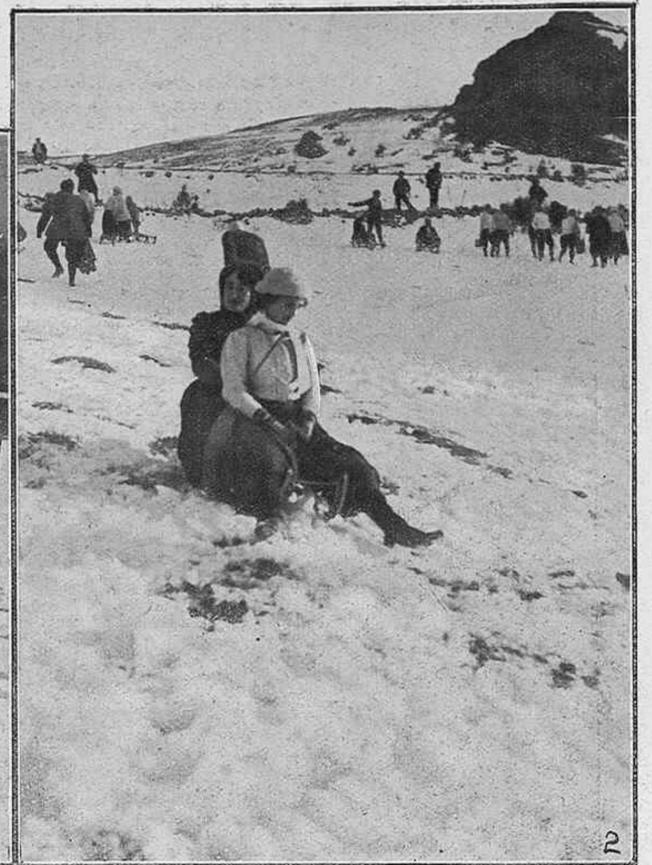
Desde las primeras horas de la mañana aparecieron engalanadas las calles de la población y adornadas las casas con colgaduras é infinidad de banderas con los colores nacionales españoles y franceses.

pulares y bailándose *corrantas* y *sardanas*, y terminando la fiesta con el Himno Ceretano que acompañaron la banda francesa y la española del regimiento de Alcántara.

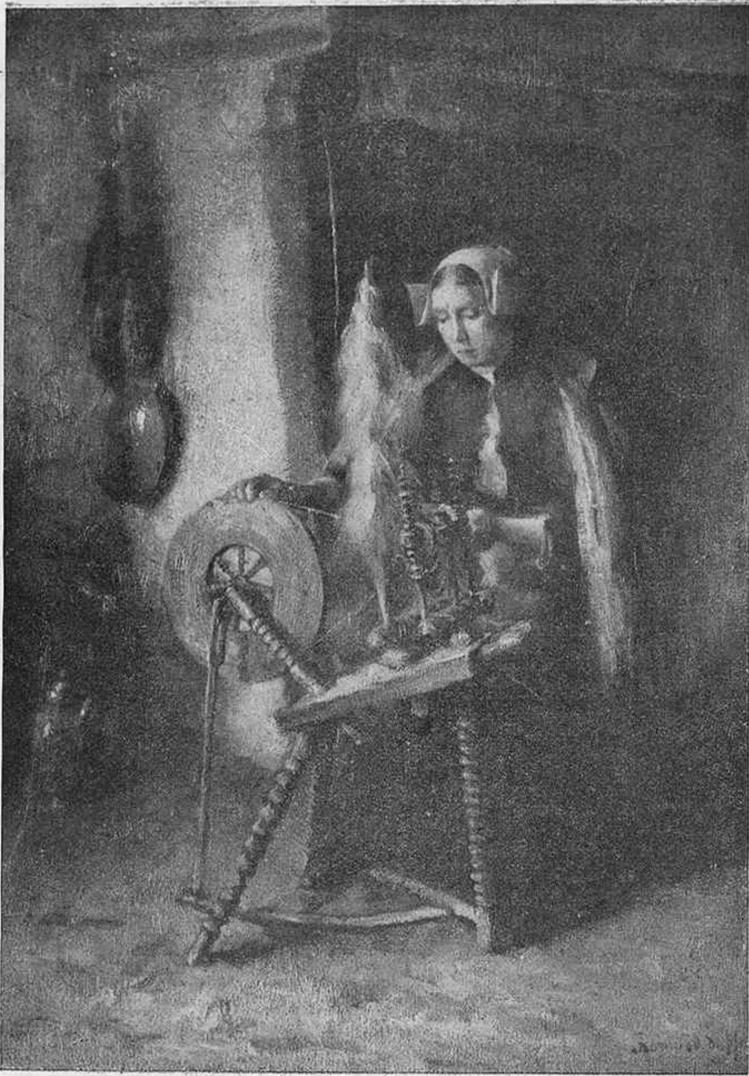


La comitiva dirigiéndose á Puigcerdá (De fotografías.)

DEPORTES DE INVIERNO.—LA GRAN SEMANA DE RIBAS ORGANIZADA
 POR LA SECCIÓN DE DEPORTES DE MONTAÑA DEL «CENTRE EXCURSIONISTA DE CATALUNYA.»



1. Grupo de señoritas que tomaron parte en el concurso.—2. Pruebas de luges para señoritas.—3. Un equipo en las carreras de bobs
 4. Pista en donde se efectuaron las carreras.—5. Preparativos para las carreras de skis en que tomaron parte varias señoritas
 6. Concurso de bobs. (De fotografías de Erangulí.)



Hilandera, cuadro de Bernardo de Hoog



Retrato de la Sra. X, pintado por Arturo Noci



La paz del hogar, cuadro de Carlos C. F. Wentorf. (Exposición Internacional de Bellas Artes. Berlín, 1910.)



CELISTIA, cuadro de José M.^a Tamburini. (Salón Parés.)

VALLS (TARRAGONA).—FIESTAS DE LA CORONACIÓN DE LA VIRGEN DE LA CANDELA



El alcalde de Valls D. Juan Casas presentando al arzobispo de Tarragona Dr. Costa y Fornaguera la corona que ha de ser impuesta á la Virgen.—La multitud en la Plaza de la Constitución. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

La peste que en el siglo XIV asoló algunas comarcas de Cataluña dejó indemne á la ciudad de Valls, que desde entonces profesa singular devoción á la Virgen de la Candela por cuya intercesión logró salvarse del terrible azote y celebra en su honor cada diez años grandes fiestas.

Las de este año han revestido excepcional importancia por haber concedido S. S. el papa Pío X la coronación canónica de la Virgen, y á ellas han asistido el arzobispo de Tarragona, los obispos de Gerona, Lérida y Seo de Urgel, el gobernador civil y el presidente de la Diputación provincial de Tarragona, el diputado á Cortes por el distrito y el alcalde y dos concejales del Ayuntamiento de Barcelona.

La ceremonia de la coronación efectuóse el día 2. La comitiva oficial salió á las diez y media de la Casa de la Ciudad y se dirigió á la iglesia arciprestal de San Juan Bautista. Revestido de pontifical, el metropolitano tarraconense procedió á la ben-

dicción y repartición de las candelas, organizándose en seguida la procesión que recorrió las calles contiguas al templo. Terminado el rezo de Tercia, el alcalde de Valls, llevando en rico almohadón las coronas que la ciudad ofrece á su Excelsa Patrona y á su Divino Hijo, acercóse al prelado y con sentidas palabras hizo entrega de ellas al cura párroco arcipreste.

Concluido el oficio, el arzobispo procedió á la ceremonia de la imposición de las coronas; en el camarín, en donde ésta se efectuó, hallábanse presentes, además del prelado, los alcaldes de Barcelona y Valls y el arcipreste. En el momento de la coronación, la banda municipal barcelonesa ejecutó la Marcha Real y los fieles que llenaban el templo prorrumpieron en aclamaciones y aplausos entusiastas á los que correspondía con igual entusiasmo desde fuera el gentío numeroso que no había hallado cabida en la iglesia. Puso fin á la ceremonia religiosa un solemne *Te Deum*.

LONDRES.—APERTURA DEL PARLAMENTO

El día 6 de este mes, el rey Jorge V inauguró solemnemente el primer Parlamento de su reinado. La ceremonia se efectuó conforme á los ritos consagrados, con toda la pompa que tales actos revisten en la corte de Inglaterra desde que Eduardo VII restableció la costumbre de presidir la inauguración interrumpida en los últimos tiempos de la reina Victoria. El cortejo real se dirigió majestuosamente desde el palacio de Buckingham al de Westminster, pasando por el parque de Saint-James; las tropas estaban formadas en las calles y en todo el curso una muchedumbre inmensa aclamó con entusiasmo á los soberanos. Estos ocupaban el magnífico landó de gala que ostenta la corona real; el rey vestía uniforme de almirante de la armada y la reina un riquísimo traje de corte, ciñendo sus sienes una preciosa corona de brillantes.



Londres.—Inauguración del Parlamento por el rey Jorge V. La comitiva oficial á su llegada á Westminster. (De fotografía de L. N. A. Photo.)

LO QUE PUEDE EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE TERESA KOEHLER.—ILUSTRADA POR A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN)

»A veces tiene una cara que mete miedo, á pesar de todos los afeites y artimañas de que se vale para ocultar el cansancio y la laxitud que la matan. En

palatinos. ¡Qué hermosas estaban las señoras, y qué espléndido y magnífico el escenario! Representaban *La Africana*, y Rita oía maravilla-

quito de picardía, basta verle á usted la cara para comprenderlo... Y estoy notando que le gustan á usted los dulces tanto como á Nora y á mí. La verdad



Una mirada fija y amenazadora del marido hizo enmudecer á la dama

cambio los demás estamos sanos y redondos como unas manzanitas. Bueno, y basta ya: recordad siempre con cariño á vuestra

»RITA.»

«Postdata. La carta ha resultado tan larga que sólo puede permitirse una añadidura á una española tan «latosa» como yo; y eso que la postdata, según dicen, suele ser más importante que la carta. En ella mando una atrocidad de besos á mi precioso Carlitos, y te ruego, Elsa, que me refieras detalladamente hasta la menor de sus monerías. ¿Dice ya *papá* y *mamá*? Al Sr. Boulanger le veo algunas veces á distancia, señal que ha regresado de su amado París. ¡Ojalá desapareciera cuanto antes sin dejar rastro de su persona!»

VIII

Era la primera vez que Rita asistía á la ópera, que le produjo una impresión hondísima. El teatro deslumbraba; dábale en honor de un príncipe extranjero, y asistía á ella la familia real y lo más linajudo de la aristocracia, con su proverbial derroche de lujo y de riqueza. Extasiada contemplaba la joven cómo se quebraba la luz en la pedrería de las damas y en las condecoraciones de los brillantes uniformes

da las voces divinas de los cantantes y aquella música embriagadora. El coro imponente de los obispos y caballeros, acompañado por raudales de melodías vibrantes y arrobadoras, y las conmovedoras lamentaciones del héroe, tenían suspensa el alma de la joven.

—Suena tan sencillo y natural como el amor mismo, se decía Rita, y toda su pasión musical despertó como por encanto; quizás vió en el artista la imagen de su amado... Ella misma no se daba cuenta de que la emoción le hacía correr las lágrimas silenciosamente, como un hilo de perlas, por sus mejillas; si no, hubiera tratado de dominarse, tanto más cuanto desde muchos palcos y butacas le asestaban buen número de gemelos cuyos dueños, admirados y sonrientes, hallaban más interesantes en estudio aquel rostro delicioso, que tan fielmente reflejaba los sentimientos íntimos, que no la ópera, tantas veces repetida.

—«Mademoiselle,» dijo Luis á Rita en el entreacto, alargándole una preciosa bolsita llena de bombones, no llore usted más, que todo eso que representan no ha ocurrido nunca.

—Ya me lo supongo, dijo el muchacho con su po-

es que fué una amabilidad muy grande de papá venir en persona al carruaje á darnos el paquetito.

—Tienes razón, Luis, y harás el favor de darle las gracias en mi nombre.

—Lo mejor es que también se encargó de comprarnos los billetes para que nos tocara buen sitio, y sin emplear mis ahorros; de manera que tenemos otra fiesta por delante.

—En recompensa, ya que tanto te gusta, os repetiré mañana en casa esas hermosas canciones, cuando hayan salido tus papás.

Los tres, ocupados exclusivamente en sus golosinas y su conversación, no imaginaban que sus personas pudieran atraer la atención de nadie; pero desde uno de los palcos principales los observaba la aristocrática mamá, que, rodeada siempre de caballeros que entraban y salían á saludarla, mantenía animada conversación con Enrique Boulanger.

La condesa no había tenido «humor» para ir al teatro en compañía de la institutriz y de los niños; pero á última hora le entraron ganas de ver algún acto de la ópera. Detrás, é ignorando ella, salió el cisne, que se refugió en el palco de su esposa. Precisamente encima del ocupado por su esposo. Los ojos de ambos cónyuges se clavaban con insistencia, aunque con expresión muy distinta, en el grupo de sus hijos. Pensaba la dama que, por primera vez, se

había resuelto algo sin consultar previamente con ella, sin pedir su permiso, que hubiera negado rotundamente. El conde, en cambio, gozaba con la satisfacción que veía en aquellas tres encantadoras personitas.

Cuando, al día siguiente, le dió Luis las gracias á su padre en nombre de Rita, el conde rechazó la atención con aspereza, no obstante lo cual estrechó á su hijo efusivamente contra su pecho.

La condesa dijo, en tono en que se notaba un aburrimiento infinito:

—¡Jesús, me valga, «mademoiselle,» y qué ridícula estuvo usted anoche! Parecía usted una lugareña recién llegada del pueblo; era difícil reconocer en usted la institutriz de mis hijos.

Rita levantó asustada la cabeza y preguntó, toda confusa:

—¿He cometido alguna falta, alguna indiscreción?..

Había gozado tanto, que aquella inesperada salida de la condesa le produjo el efecto de un tósigo: raro era el placer que no le envenenaba la señora.

—Efectivamente, observó el conde frunciendo el entrecejo, también á mí me gustaría saber eso.

—La cosa no tiene una explicación muy sencilla, que digamos, dijo la condesa sonriendo burlescamente. No digo yo que sean crímenes..., pero, vamos, son ridiculeces, faltas de mundo que suele censurar la sociedad severamente, y que condena sin apelación.

Luego, dirigiéndose á su marido, añadió muy picada:

—Si me hubieras acompañado como era tu deber, lo habrías visto como yo.

Rita hacía esfuerzos para contener el llanto que se agolpaba á sus ojos. Luis quiso intervenir, pero una mirada suplicante de la joven le selló los labios. El conde respondió con sarcasmo:

—Extraño mucho que tuvieras tiempo de fijar la atención en las butacas; pues por lo general estás solicitadísima y es casi imposible que te distraiga nada.

—¡Ah! Por lo visto no sabes que en las butacas estaban los niños...

—Sí, sí, perdona; no había pensado en ello, interrumpió el conde en el mismo tono.

Luego dirigiéndose á Rita añadió:

—«Mademoiselle,» lo de anoche no debe preocupar á usted lo más mínimo; las demás señoras no tenían allí hijos que vigilar; ó éstos se hallaban á su lado, ó estaban tan divertidas que no les ocurriría observar á una profesora acompañada de sus discípulos. Quizás haya mostrado usted con demasiada sinceridad las emociones que le producía el espectáculo, olvidando que el sentimiento y el corazón son considerados hoy como un lastre superfluo del que hay que deshacerse lo más pronto posible. Con frases huérfas se adelanta mucho más en la vida; y el mundo se da por satisfecho cuando las escucha...

Luego, volviéndose á Luis, continuó:

—¿Qué dirías tú si volviéramos el sábado en compañía de mamá? Sé que entonces «mademoiselle» se portará de otro modo y la dejará contenta: arreglado vosotros.

Dicho esto se levantó, lo cual era la señal para que se retiraran Rita y los niños, que se apresuraron á obedecerla con alegría.

Poco después el criado anunciaba la llegada de la modista, y con esto quedó todo relegado á último término. «Madame» trafa el vestido de baile para la fiesta de la duquesa de Montespino, una de las damas favoritas de la corte, famosa por su ingenio y su elegancia, en cuyo obsequio había que hacer algo extraordinario en punto á tocado. «Madame» no acababa de elogiar aquella exquisita obra de sus primorosas manos, sin olvidar lo que el mundo exige de la hipocresía y de la adulación.

—La señora condesa está hermosísima; estoy convencida de que será la más elegante y festejada. ¡Cuánto no daría yo por ver cómo la admirarán y envidiarán las demás señoras!

—Eso era antes, «madame,» hoy tiene el arte que ayudar mucho...

—La perfección, señora condesa, está precisamente en donde con tanto primor se unen la naturaleza y el arte. La señora se hará peinar por el peluquero de París, que han mandado venir algunas de las invitadas, ¿verdad? París es el todo; creo firmemente que sólo cuando el Señor vió, después de la creación, á la actual capital de Francia, pudo decir «que todo era bueno.»

—En eso me perdonará «madame» que no sea de su parecer, dijo la condesa; pues la moda vino después del primer pecado, y París sólo contribuye á adornar el vicio. La idea de hacer venir el peluquero de París es perfectamente ridícula y estoy deseando ver las maravillas que hace y lo mucho que costará ese nuevo capricho...

Diciendo esto entregó unos cuantos billetes de banco á la francesa y dió por terminada la visita.

Tres horas y pico estuvo Pilar ocupada en vestir á su señora, que, durante todo este tiempo, hizo gala de una paciencia angelical. La sagaz doncella aprovechaba estas solemnes ocasiones para hacer sus confidencias y arrimar el ascua á su sardina; la señora tenía que escucharla de buena ó mala gana, y era más atenta y generosa que de costumbre. Esta vez Pilar, deseosa de favorecer á Rita, hizo de ésta el tema de su conversación; pues ya el criado le había enterado de los postres de aquel día, y temió la doncella que aquel fuera el golpe de gracia para la institutriz. Comenzó, pues, diciendo que todo Madrid se hacía lenguas de lo bien educados que eran los hijos de los condes de Campollano, y que las señoras de la aristocracia envidiaban á la condesa tan excelente institutriz.

—Mientras «mademoiselle» esté en la casa ya puede la señora vivir tranquila; pues ha tenido el acierto de elegir una persona digna para el cuidado de sus hijos, mérito muy grande para una madre, á quien no se la puede exigir más en este punto. Si la señora supiera lo que ocurre en otras casas...

Y sin esperar á más relató á la paciente dama una serie de historias tan estupendas, que la señora, muy impresionada, entró antes de ir al baile á despedirse de Rita y de los niños. Un grito de admiración infantil acogió la esplendorosa aparición, y el conde agradeció á su esposa, con una mirada de afecto, la ligera molestia que se había tomado. La condesa prometió entonces, sin que nadie se lo pidiera, que iría el sábado siguiente con todos á la ópera.

Rita se quedó sola con los niños y se dispuso á cumplir la promesa que había hecho á Luis de repetir algunos hermosos trozos de *La Africana*. Por primera vez se atrevía la joven á cantar después de su salida de Alameda. Luis dijo, palmoteando:

—Para eso tenemos que ir al salón, donde está el piano de cola: allí sonará mejor y estaremos á gusto; hoy nadie vendrá á molestarnos, habiendo baile en casa de la duquesa, y si alguien viniera le despachamos con viento fresco.

—¿Y si vinieran á verme á mí?, dijo Rita bromeando. Pero no hay cuidado: mis amigos están muy lejos y no vendrán á sorprendernos.

Rita sacó del fondo de su baúl los cuadernos de música y volvió al salón. Comenzó cantando en voz baja, con temor; pero poco á poco fué siendo su voz más firme y clara, hasta que, dueña por completo de sí, dejó escapar en las notas todo el fuego de su alma. Quedamente fueron acercándose los criados á la puerta, uno tras otro, atraídos por la sirena; porque «mademoiselle» cantaba como una sirena. ¿Quién lo hubiera dicho?

El portero fué el único que advirtió la vuelta imprevista del conde á casa, probablemente á buscar algo que se le habría olvidado. Con el mayor sigilo entró hasta su despacho cuyo balcón comunicaba con el del salón, y desde allí estuvo escuchando también conteniendo la respiración.

—Ahora el nocturno, «mademoiselle,» dijo Luis con voz suplicante. Usted canta mucho mejor que todas las artistas de la ópera. ¿Verdad que nos dará usted un concierto siempre que salgan los papás?

—Si sois buenos y os agrada oírme, lo haré con mucho gusto, pero por hoy basta.

Y se dispuso á cerrar el piano.

—Sólo uno más, «mademoiselle,» gritaron todos á coro: sólo una canción alemana, y entonces nos iremos á acostarnos.

Rita entonó por complacerlos la hermosa despedida del «Trompetero de Säckingen.»

«Que Dios te guarde... ¡Hubiera sido tan bella la vida! Que Dios te guarde... No había de ser.»

El conde, medio enterrado en los blandos cojines de su butaca murmuró al escucharla:

—¡Pobre niña! ¿En quién pensarás al lanzar esa amarga queja?

Campollano había vuelto á su casa con un pretexto cualquiera, y había olvidado que le esperaban en casa de la de Montespino. Bien estaba que terminara el concierto antes de que en el baile echaran de menos al abstraído soñador. Alzóse rápidamente y salió con el mismo sigilo con que había entrado.

IX

El baile estaba en su apogeo, y la condesa de Campollano saboreaba, como de costumbre, su triunfo entre un cortejo de aduladores de su hermosura. Su más rendido admirador era nuestro antiguo conocido Enrique Boulanger, que giraba como una mariposa alrededor de la condesa, lo que no dejaba de valerle, por parte de sus amigos, tan calaveras como él, alguna que otra observación picante.

En la juventud dorada de Madrid sobresalía el opulento parisiense en toda clase de aventuras galantes; pues era sabido que cambiaba de amoríos como de camisa y sólo era constante en prodigar su repleta bolsa á moros y cristianos, de lo cual abusaban no poco sus amigos.

—¿Te has cansado ya de la encantadora modistilla de marras? ¿Has abandonado á la bailarina? ¿Vuelves á sentir la nostalgia de nuestros salones? Porque hace algún tiempo que te vemos mariposeando por Madrid... ¿En dónde has estado metido?

—No exigiréis de mí que cometa una indiscreción, contestaba Boulanger á aquel alud de curiosos. Aunque hubiera estado preso en alguna red amorosa, no os descubriría mi retiro. Además, añadió maliciosamente mirando á la condesa, me parece que vale la pena mostrarse galante allí donde se ha derrochado tanto gusto y tanto arte para refrescar los encantos de una flor algo ajada... Os confesaré, sin embargo, que he sido formal. Mi padre me ha concedido dos años de libertad absoluta para que haga lo que me plazca: consiente que me enamore de todas, con tal que no me case; pues la elección de la que ha de ser mi costilla, es cosa suya. La futura madame Boulanger se está educando ahora en no sé qué convento...

Dicho lo cual aprovechó la coyuntura para acercarse á la de Campollano, que le había prometido el rigodón.

—Por lo visto, condesa, consuela usted de su ausencia organizando en su casa deliciosos conciertos. Le aseguro á usted que aquella voz encantadora me obligó á pasear la calle hasta que dejó de cantar.

—¿Conciertos en mi casa?, exclamó sorprendida la de Campollano. Debe usted de estar confundido...

—Sería difícil, condesa, confundir un lugar en que se han pasado horas inolvidables... Y ¿cómo es que no le acompaña á usted el conde, ese filósofo moralista?

—Si está aquí, contestó riendo la condesa, hemos venido juntos.

—Entonces debo de haberme equivocado; pero juraría que me había cruzado con él en la calle, hace poco...

Enrique estaba satisfecho: había arrojado la simiente de los celos, y comprendió, por el repentino mutismo de su pareja, que el terreno se hallaba bien labrado y abonado. A pesar de las historietas picantes con que quiso distraer á la de Campollano, ésta siguió pensativa y su rostro sólo se iluminó cuando descubrió al conde apoyado en una de las columnas del salón.

—Mírele usted, allí, al lado del general.

É hizo seña á su esposo para que se acercara.

—¿Has vuelto á casa?

—¿Quién te lo ha dicho?... Sí, efectivamente; volví á recoger mi cartera, que dejé olvidada en el despacho.

—Entonces podrás decirme si en el salón se hacía música y se cantaba, como asegura el Sr. Boulanger.

El conde clavó sus ojos de un modo extraño é inquisitorial en los de Enrique, y luego dijo con la mayor indiferencia:

—Tiene razón este caballero; pues oí que Nora, Luis y «mademoiselle» ensayaban algunas melodías que oyeron en el teatro. No quise interrumpirlos, y así nadie se enteró de mi presencia en casa.

—Vamos, conde, sea usted franco, observó Boulanger sonriendo; pues si no, me dará á entender una cosa que es en usted imposible: que carece de sentimiento musical y artístico. Yo declaro con toda sinceridad que aquella voz encantadora me ha hecho perder unos cuantos vales...

—Las comparaciones son rara vez agradables, señor Boulanger, respondió el conde con fría gravedad, y yo le ruego que no establezca usted ninguna entre nosotros: todo Madrid conoce su afición á las cantantes y artistas, y usted, siendo soltero, tiene cierta disculpa; pero no olvide usted que yo soy padre de familia.

Á estas palabras siguió una pausa molesta que el conde no quiso interrumpir: su gesto duro y desdeñoso, hacía su rostro más impenetrable y altanero que de costumbre.

Enrique reanudó la conversación diciendo:

—Yo insisto, á pesar de la censura que para mí encierran las palabras del conde, en que usted tiene en su casa un ruiseñor escondido; y le ruego, condesa, que me proporcione el placer de oír tan privilegiada garganta.

—Si así lo desea acompañarnos mañana á almorzar, respondió la de Campollano gozosa de que se hubiera roto aque silencio opresor; pues por la noche la institutriz no sale de su cuarto. Claro está que el almuerzo lo hacemos en familia...

El conde callaba; la invitación le parecía inoportuna y le desagradaba soberanamente. Boulanger le era

antipático, y además le gustaba estar á solas con sus hijos que le buscaban ahora con el mismo afán con que le evitaban antes.

Eran las tres de la madrugada cuando se retiraron los invitados.

Al día siguiente no pudo descansar la condesa todo lo que hubiera deseado, precisamente por aquella pícará invitación, que ya le pesaba cordialmente. Al ver su rostro ajado y descompuesto, se puso de un humor insoportable, y con ánimos de desahogar en alguien su disgusto, hizo llamar á Rita, mientras la doncella

se quiere... Pilar no puede salir ahora: la necesito. La debilidad de «mademoiselle» no será tan grande que no le permita llegar sin ayuda hasta su cuarto.

Pilar vaciló un momento; en tan crítica situación no sabía si obedecer al señor ó á la señora; pero venció el afecto que sentía por Rita y dejó al matrimonio solo.

El de Campollano, sin poder contenerse, dió suelta á su indignación:

—No hay ser más noble y abnegado que la mujer; pero tampoco lo hay más cruel é injusto...

cia de Rita, las niñas habían tomado cariño al hermano que tanto envidiaban, y hasta odiaban antes; y en cuanto llegó del colegio le contaron lo poco que habían llegado á traslucir del disgusto de «mademoiselle.» Luis les contestó indignado.

—En cuanto yo sea mayor me caso con ella, y entonces desgraciado del que la haga rabiár, porque le mato.

Toda la gente menuda asintió llena de júbilo ante aquella perspectiva consoladora, que debía alegrar también el corazón de «mademoiselle.»



Durante la clase, los niños miraban encogidos el rostro apenado de la profesora

se ocupaba en su tocado. Sin hacer caso del cortés saludo de la joven, le dijo con rabia:

—Sé que ayer ha estado usted cantando en el salón. ¿Quién le ha dado autorización para ello? El lugar de usted es el cuarto de estudio, ó el de juego, ó su propia habitación; pero en modo alguno los salones de la casa. Ha llamado usted la atención de los transeúntes, que me han referido el caso en el baile. ¿Es que intenta usted tender algún lazo? Confío en que no será alguna señal convenida...

El conde había estado escuchando junto á la puerta del tocador las recriminaciones de su esposa, á las que puso término entrando en la habitación. La dama continuó en tono más comedido:

—Un caballero me puso en el compromiso de invitarle á que viniera á oírle; se negará se negará á cantar, ¿me entiende? Se negará con cualquier excusa, aunque yo misma le ordene hacerlo.

Rita se inclinó maquinalmente; sus labios trémulos no acertaron á pronunciar una sola palabra de disculpa, y sus manos temblaban de tal manera que no acertaba á su puerta cuando se apresuró á ayudarla y dijo á la doncella:

—Acompañe usted á la señorita y hágale usted que se acueste; tiene una cara de muerta...

—Gracias, señor conde; ya me ha pasado... Sólo desearía que me dispensaran de asistir á la mesa.

—Eso no puede ser hoy en modo alguno, respondió la condesa; á los nervios se los domina cuando

—Con la primera calificación te referirás á la institutriz, interrumpió vivamente la condesa, y con la segunda á tu esposa. Ya veo el asunto tal cual es, y ahora comprendo á quién dirigía la sirena sus cantos...

Una mirada fija y amenazadora del marido hizo enmudecer á la dama.

—No me exasperes... Piensa bien lo que dices, aun solo de los niños... Guárdate bien de injuriar á una muchacha inocente, que con tanta solicitud y cariño está haciendo de tus hijos criaturas buenas, y que los educa con la palabra y con el ejemplo.

—¿Para eso le pago!

—Ciertamente, le pagas con un puñado de pesetas y un sinnúmero de injurias y humillaciones.

La entrada de Pilar cortó de raíz la disputa; la doncella continuó silenciosamente el tocado de su señora, mientras ésta escuchaba anhelante si los pasos de su marido se dirigían al cuarto de estudio; pero sólo oyó al conde pasear por el despacho.

Durante la clase, los niños miraban encogidos el rostro apenado de la profesora, é hicieron propósito de contentarla y hacerla sonreír á fuerza de esmero en sus trabajos. Rita hacía grandes esfuerzos por dominar su emoción y reprimir las lágrimas, pero éstas salían una tras otra de sus ojos y parecía que no se acababan nunca... ¡Pobrecita «mademoiselle!» Las pequeñas no sabían qué hacerse y pensaban que si estuviera allí Luisito, éste sería capaz de ponerla otra vez alegre... Porque es de advertir que, bajo la influen-

Poco antes de la hora del almuerzo apareció Boulanger. Su llegada no dejó de agrandar á la condesa, la cual tenía su poquito de remordimiento por haberse, quizás, dejado llevar demasiado de su indignación; y contaba con la presencia de un extraño para olvidar el asunto. De ahí que saludase á Enrique con un sincero: «¡Bien venido!» aunque añado que no debía agradecer sino en parte la visita. Boulanger se apresuró galantemente á rechazar semejante suposición, diciendo que sólo había deseado reanudar antiguas y agradables relaciones con los condes de Campollano.

—¿De modo que todo esto ha sido una estratagema para lograr su objeto?, preguntó la dama.

—Ni más, ni menos, afirmó el joven con aparente franqueza, y ruego á usted que me perdone...

La de Campollano tuvo la debilidad de atribuirse el mérito de ser causa de la supuesta estratagema, mientras el francés, sin quitar ojo de la puerta, no pensaba sino en la llegada de la institutriz, cuya conquista era para él empeño de honor.

La era para él no tardó en entrar en el comedor, y pasó, saludando ligeramente, á ocupar su sitio á la mesa. Boulanger no se sorprendía tan fácilmente; pero ante aquella arrogantisima aparición se quedó con la boca abierta.

—Perdone usted, condesa, pero ahí veo á una antigua conocida... Permítame usted que la salute...

(Se continuará.)

DE COLÓN A PANAMÁ.—ATRAVESANDO EL ISTMO

Amanece. Hacia Oriente los tintes claros de la naciente aurora empiezan a colorear el horizonte. La pálida luz del nuevo día disipa las postreras sombras

entrada de los mosquitos. En la calle que se extiende a orillas del mar, hay varios asientos. De las palmeras que hay cerca de éstos, penden unos cartelo-

árboles gigantes, que aparecen á veces completamente cubiertos de lías y plantas parasitarias, formando como graciosas cúpulas, minaretes y otras formas caprichosas de arquitectura. El terreno en algunos lugares es pantanoso. A veces orillamos el tortuoso Chagres, cuyas riberas tienen el aspecto poético de los ríos tropicales.

En Gatun vemos por primera vez los trabajos del canal. Desde la ventanilla del tren divisamos las admirables obras de desmonte y cantería para la formación de esclusas. La población es importante, por ser éste uno de los lugares principales, dada la índole de los trabajos en él efectuados, de la zona del



Desmonte en el corte de Culebra

de la noche y hace visible á nuestros ojos el espléndido panorama de un mar tranquilo y de una costa tropical velada todavía en las lejanías por tenue neblina.

El buque, á media máquina, avanza hacia el puerto abierto, que forma ancho semicírculo. La ciudad aparece al fondo. Una línea de casas, frente la cual se extienden varios muelles con tinglados de hierro. A los extremos de la ciudad, grupos de palmas le dan el aspecto peculiar de los países tropicales.

A la derecha, casi pegado á la ciudad, desemboca el Chagres, que habrá de servir de embocadura al canal interoceánico por el lado del Atlántico. A la orilla opuesta de la desembocadura, hay un largo muelle que penetra atrevidamente en el mar. Dentro del río, una poderosa draga profundiza el lecho.

Desembarcamos. La ciudad tiene más aspecto sajón que latino, por el estilo de sus edificios, por sus establecimientos y su población. Las calles son rectas, bien pavimentadas y con anchas aceras; las casas, de madera, de uno ó dos pisos, con verandas algunas; abundan los *bar-rooms*, estilo norteamericano, y las tiendas de chinos, que acaparan el comercio al menudeo; los establecimientos ostentan en su mayoría títulos en inglés, é inglés es el idioma que por todas partes se oye. Abundan los negros jamaicanos y los yanquis blancos. Tal parece que los únicos panameños son los policías, vestidos al estilo de los de Norte América.

La influencia yanqui es visible por doquier, al extremo de que parece nos hallamos, más que en una ciudad de la flamante República de Panamá, en una pequeña población de los Estados Unidos.

Completa la ilusión una visita al barrio de Cristóbal, al extremo derecho de Colón, que está comprendido dentro de la llamada zona del Canal, en la que tienen completo dominio los norteamericanos; dominio que se extiende, dentro de Colón, en la estrecha faja de terreno que ocupa la estación y vías del ferrocarril del istmo á lo largo del puerto. El barrio de Cristóbal está habitado exclusivamente por norteamericanos. Lo componen algunas calles muy limpias y admirablemente pavimentadas, con desagües laterales y adornadas con palmeras. Las casas, de madera, aisladas una de otra y rodeadas de césped, tienen protegidas las puertas y ventanas con tela metálica, para impedir la

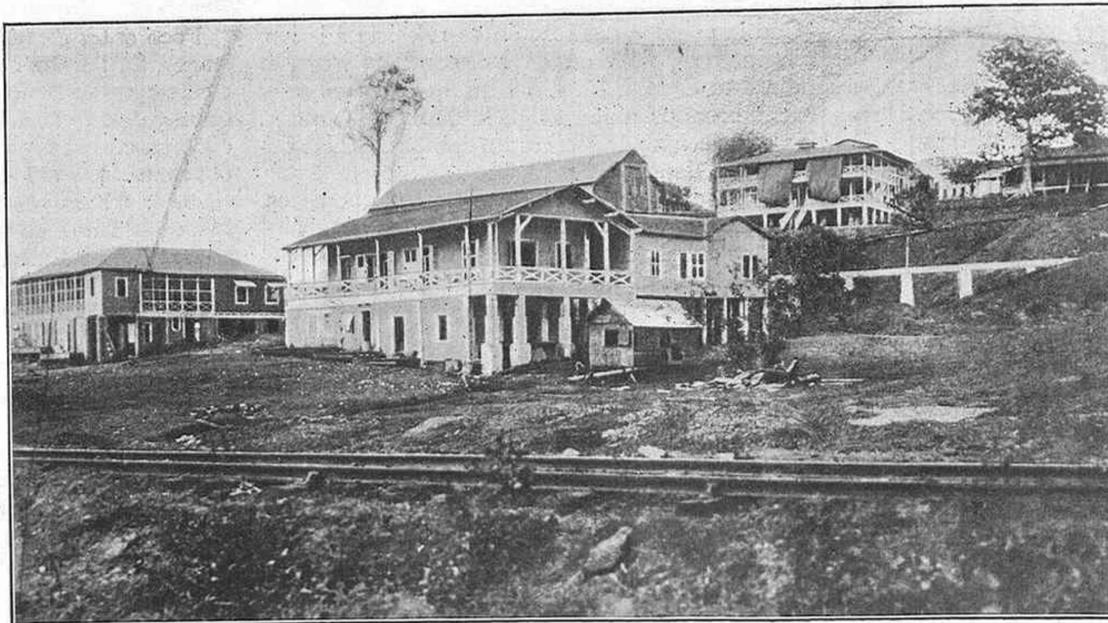
nes que en inglés dicen: «Estos asientos son para uso exclusivo de las personas blancas.» Al final de la misma calle se levanta sobre tosco pedestal una estatua de Cristóbal Colón en actitud de amparar á una hermosa india.

A la izquierda de la ciudad, también á la orilla del mar, se extiende otra bonita calle, donde se hallan las oficinas de los vapores, residencias de americanos y el hospital de la zona del Canal.

La parte central de la ciudad se reduce á unas cinco calles largas, tras las cuales se extiende una llanura pantanosa.

Colón ha sido transformado radicalmente por los norteamericanos. De una población sucia, pestilente, de triste aspecto, han hecho la ciudad actual, notable por su limpieza.

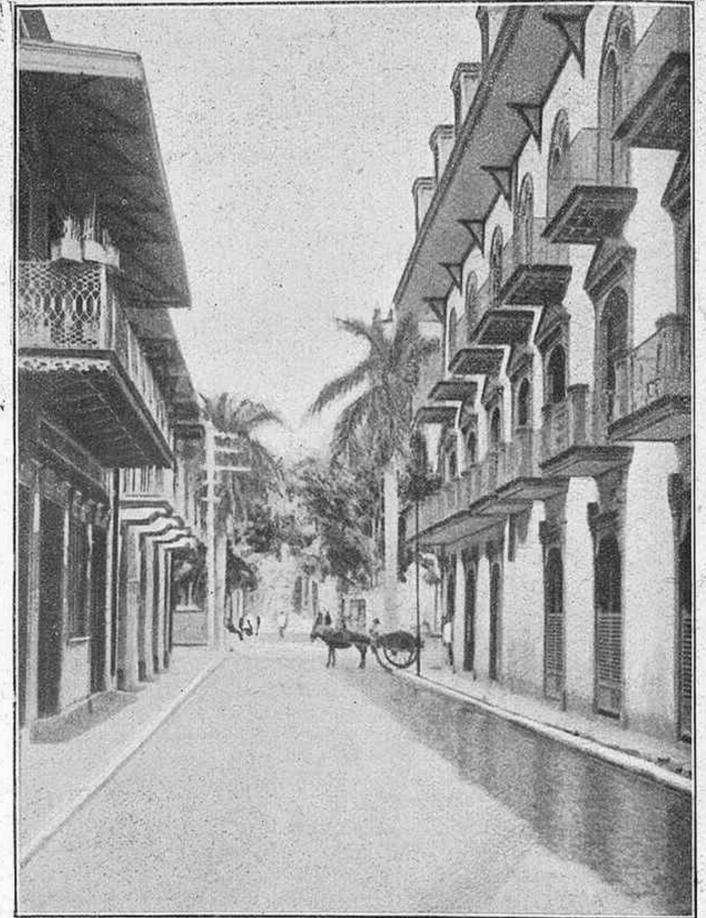
La importancia comercial de Colón es grande, gracias al ferrocarril que atraviesa el istmo hasta la ciudad de Panamá. Mercancías y pasajeros que van de los puertos del Atlántico al Pacífico, ó viceversa, utilizan dicho ferrocarril, que emplea sólo dos horas y cuarto en su recorrido de mar á mar. Construido el canal y de escasa utilidad entonces el ferrocarril, tanto Colón como Panamá perderán mucho de su importancia comercial.



Poblado de la zona del canal

A las diez y media de la mañana tomamos el tren con dirección á la capital. La vegetación es exuberante. En algunos lugares el tren cruza por entre selva intrincada, en la que abundan grandes arbustos,

nos de importantes poblaciones—los contados poblados antiguos, compuestos de miserables casuchas y frágiles bohíos, que sirven de refugio á chinos, negros y gente blanca del país.



Panamá. Avenida Central

canal. En Culebra admiramos otra obra magna de ingeniería, el llamado corte de Culebra, en el que se han efectuado trabajos de desmonte realmente portentosos.

En todo el trayecto son visibles las grandes obras de ingeniería realizadas. Por doquiera se ven locomotoras arrastrando largos trenes cargados de tierras y piedras procedentes de los desmontes. Los poblados y campamentos ofrecen un aspecto muy atractivo,

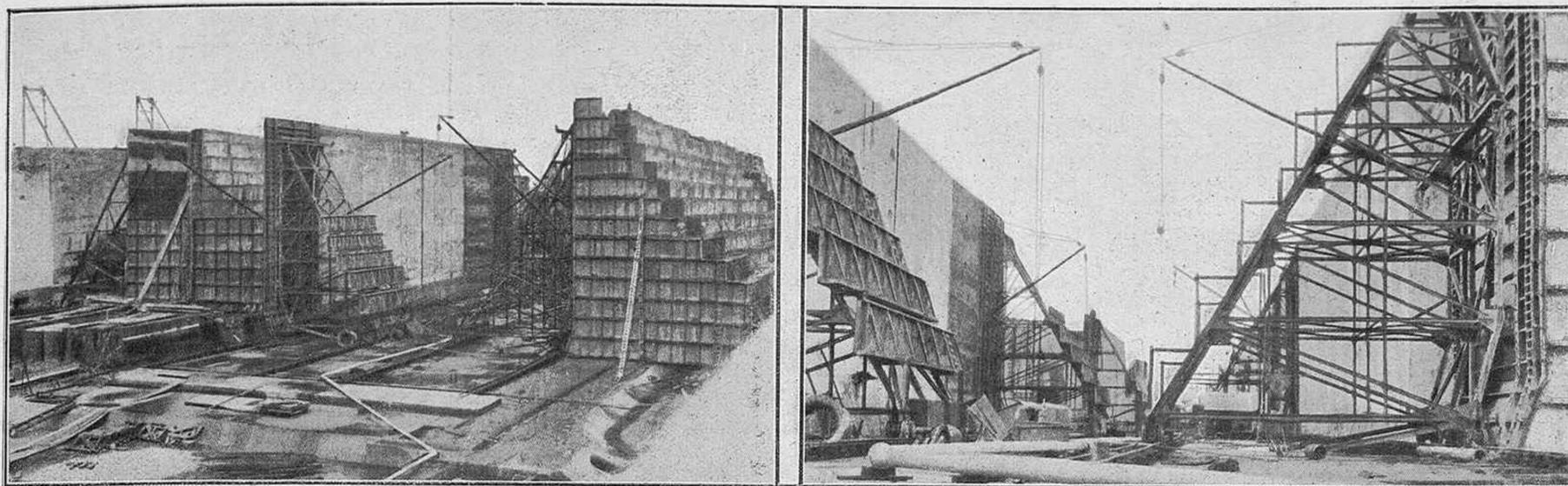
y ponen de manifiesto que la Administración del canal se ha preocupado por la suerte de sus empleados y trabajadores, velando por su comodidad y atendiendo las condiciones sanitarias. Los poblados ó campamentos están formados por casitas de madera, aisladas y rodeadas de césped, protegidas todas sus aberturas con tela metálica. Las calles bien apisonadas, con aceras de asfalto, desagües laterales y luz eléctrica. Los campamentos están generalmente situados en lugares altos ó por lo menos formando pendiente, para evitar el estancamiento de aguas en tiempo de lluvia, y las casas construídas sobre pilares, que las elevan dos ó tres palmos del suelo.

Contrastan con estos campamentos—base algu-

En los poblados y campamentos de importancia, hasta el número de diez u once, se detiene el tren. En todas las estaciones es grande el movimiento de

á la que está unido un grueso cable de hierro que llega hasta el último vagón; en éste, y sujeto al extremo del cable, está una gran pala del ancho del vagón.

ocho meses antes de la fecha fijada, que es el año 1915. El canal, como es sabido, no tendrá un nivel uni-



Vista de las compuertas de una de las esclusas del canal de Panamá

Los buques que utilicen el canal habrán de pasar por una serie de tres compuertas de 110 pies de ancho por 1.000 de largo. Estas compuertas se construyen de acero y cemento y estarán terminadas antes de 1.º de enero de 1915

pasajeros, en su mayoría empleados y trabajadores del canal ó familiares de éstos, que gozan de franquicia para viajar.

* *

Llegamos á Panamá á la menos cuarto de la tarde.

Desde que se sale de la estación, la ciudad impresionablemente. Sus calles están limpias y bien pavimentadas, obra que también aquí, como en Colón, se debe á los yanquis. Los edificios conservan el tipo hispano; la mayor parte tienen balcones muy salientes, lo que da á la ciudad cierta semejanza con San Juan de Puerto Rico y con la Habana antigua. La principal vía, llamada «Avenida Central,» es bastante ancha, pero no se distingue por la belleza de los edificios ni por el lujo de los establecimientos. Las calles son estrechas y se ve en ellas á poquísimas mujeres. Abundan las personas de color y los norteamericanos.

Lo más bello de Panamá es la bahía, que forma ancho semicírculo, con tres islotes verdeantes al frente. Al desembocar una calle se esplendeció á la vista con toda su esplendor, extensa y luminosa, bañada por el sol, apacible, rizadas apenas las aguas por levísima brisa. La faja ancha de arena que la bordea como un encaje, contrasta con el verde lujuriante de la vegetación. Es el Pacífico el mar que tenemos ante los ojos, por el estado tranquilo de sus aguas hace honor á su nombre. Por primera vez le vemos y reverentes le saludamos. Hay en todo mar palpaciones de vida universal, junto con la majestad de lo inmenso y la visión de pueblos extraños y el recuerdo de civilizaciones extintas, de famosas hazañas humanas y de irremediables catástrofes.

Hace años más de dos horas y así toda comodidad habíamos ido de mar á mar, del Atlántico al Pacífico, para realizar lo cual el intrépido Balboa y sus bravos compañeros tantos días emplearon y tantas penalidades sufrieron. La obra del progreso ha sido grandiosa. Y por si esto no bastara al genio humano, intenta ahora dividir el continente americano para que puedan pasar sin peligro de mar á mar aun los mayores trasatlánticos.

* *

Bordeando un monte de empinadas laderas y teniendo á la izquierda el mar azuleno de la bahía, llegamos á la izquierda del Canal en construcción. Por todas partes se ven desmontes, trenes cargados de materiales sobre vías provisionales que cruzan el suelo en todas direcciones. La carga y descarga, en los vagones de los materiales de desmonte, se efectúa rápidamente por medios automáticos. Vemos descargar un tren de veinte vagones en menos de cinco minutos. Tras la locomotora va una máquina especial

La máquina tira del cable, que va arrastrando la pala por todos los vagones, haciendo caer los materiales que contenían con extraordinaria rapidez.

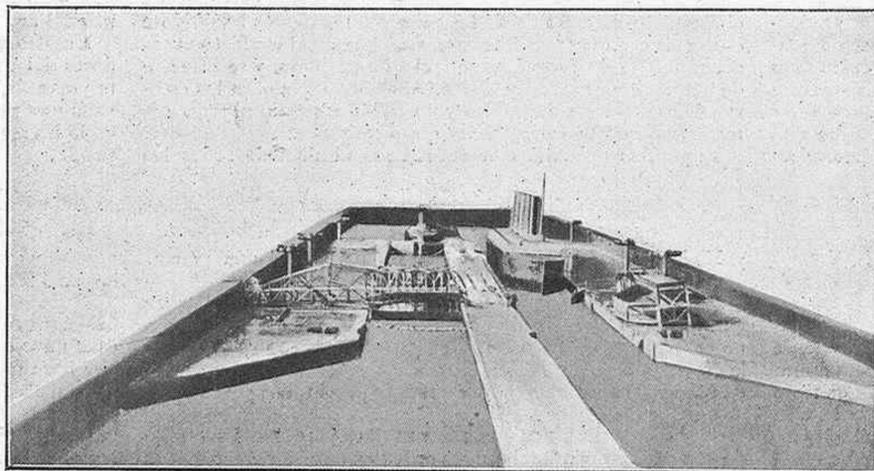
En un monte, á la derecha, han comenzado ya los americanos la obra de defensa del canal. El lugar es apropiado. Desde él se domina la entrada del canal. Es seguro que también llevarán á cabo obras de defensa en los islotes de la bahía.

Previo permiso solicitado en las oficinas de la Administración, visitamos el largo muelle donde se cargan los vapores por un lado y por el otro se car-

forme, cosa imposible de lograr, dado que el nivel del mar en la costa del Pacífico no es igual al de la costa del Atlántico. Para obviarlo se ideó la construcción de grandes esclusas, aprovechando para llenar éstas las aguas del río Chagres, cuyo curso después se variará. Los vapores que entren, por ejemplo, del lado del Atlántico, navegarán hasta las esclusas, y una vez en éstas y cerradas las compuertas, se hará subir el nivel del agua hasta que alcance la altura de la sección central, por la que navegarán hasta encontrar las otras esclusas, cuyas compuertas se cerrarán á su vez, haciéndose bajar el nivel hasta alcanzar el que tiene el Pacífico, siguiendo luego la navegación hasta el mar.

Todos los cargos técnicos están á cargo de norteamericanos. Los peones son en su mayoría negros jamaicanos y españoles de la región galaica, muy apreciados éstos por su laboriosidad y resistencia. Los peones blancos contratados ganan 20 centavos moneda americana (1 peseta 10 céntimos) por hora de trabajo; los no contratados, 18 centavos, y los peones negros, 10 centavos. Trabajan nueve horas al día. Las horas extraordinarias se pagan doble. En caso de enfermedad ó accidentes de trabajo, se les da en los hospitales de Colón y Panamá.

* *



Modelo de una de las compuertas del canal

Los buques, á su paso por estas compuertas y por la parte más estrecha del canal, serán auxiliados por motores eléctricos; en la parte superior, serán movidos por su propia fuerza

gan los trenes. La descarga se efectúa por medio de potentes grúas rectas, que sin necesidad de dar la vuelta depositan las mercancías en el muelle.

Desde el extremo del muelle se obtiene una espléndida vista de la entrada del canal, en medio del cual se ven trabajando poderosas dragas.

Gracias á la amabilidad de un empleado del canal obtuvimos allí los siguientes datos:

Para llevar á cabo las obras del canal, se ha dividido éste en tres secciones: la del Pacífico, la del Centro y la del Atlántico. Al frente de cada una de ellas está un ingeniero jefe, con residencia fija en su respectiva sección. Hay además otro ingeniero, jefe superior, al que están supeditados los tres anteriores. Cada ingeniero jefe dirige, independientemente de los otros, los trabajos de su sección. Los casos importantes ó que puedan afectar al canal en general, son resueltos en junta por los tres jefes seccionales y el general. Los altos cargos técnicos, de administración é inspección, son nombrados por el gobierno de los Estados Unidos, por cuenta del cual se ejecutan todas las obras.

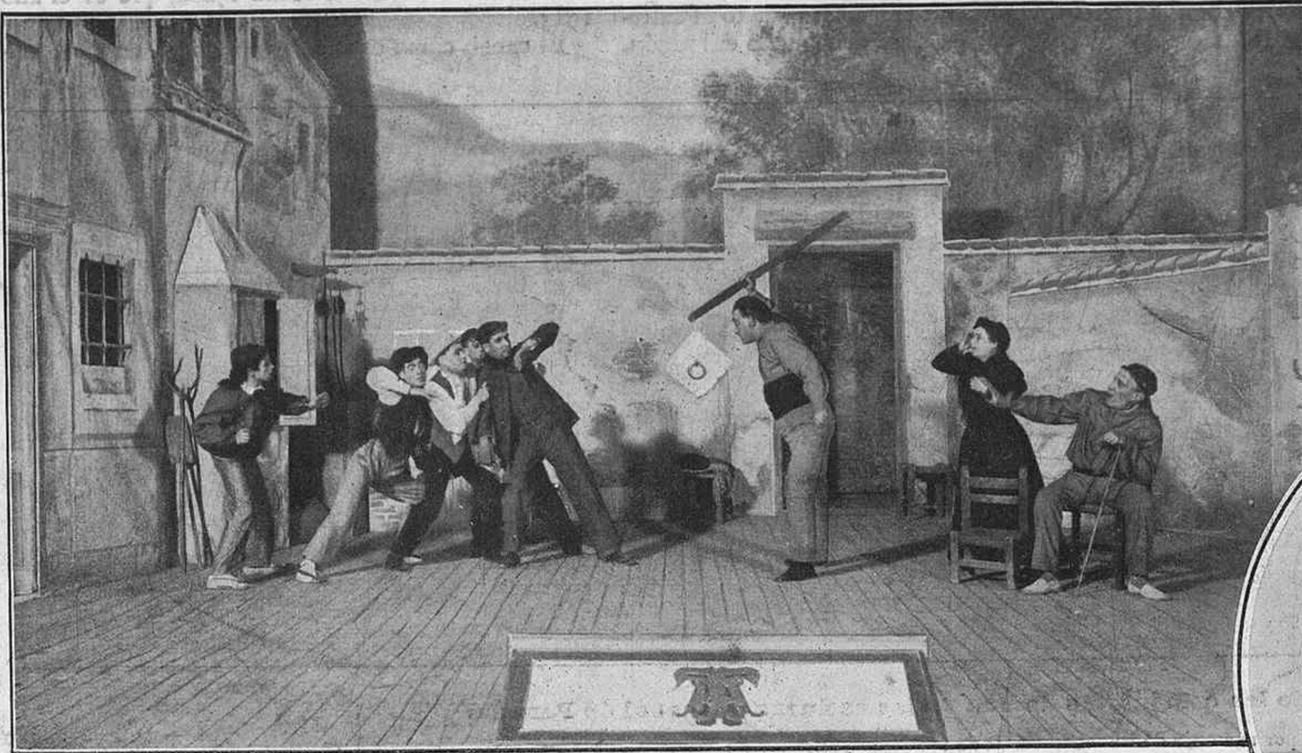
Las principales dificultades con que tropiezan los ingenieros son los derrumbes de la naturaleza del terreno. Muchos trabajos importantes han tenido que hacerse repetidas veces por dicho motivo. No obstante, las obras progresan rápidamente, tanto que se asegura llevan de adelanto ocho meses, de manera que de no ocurrir ningún entorpecimiento de importancia, quedará terminado el canal

A las cinco y media tomamos el tren de vuelta. A poco, anochece. De nuevo se suceden los poblados y campamentos. Es la hora en que los trabajadores vuelven de sus faenas. En las estaciones hay animación y bullicio. Las ventanas de las casas brillan con el resplandor de las luces eléctricas. Se adivina allí, en pleno campo, en medio de una naturaleza salvaje apenas domada por el hombre, la vida apacible del hogar, de vuelta el esposo, padre ó hermano de las rudas faenas del día.

En Culebra, sección central, vemos más de cien locomotoras, en líneas de á cuatro, todavía humeantes.

Descendemos en Colón á las ocho menos cuarto, y poco después, desde la terraza de un hotel oímos los alegres acordes de la banda municipal que toca en la glorieta del parquecito fronterizo. Descansamos y pensamos en lo que hemos visto: una obra magna, colosal, que al terminarse unirá dos océanos; una obra que el genio latino no supo llevar á cabo, siendo el iniciador, y que está realizando el genio sajón-americano para su honra y provecho. Pobres de los pueblos hispanos de Centro América si, terminado el canal, no han sabido fortalecerse, dejando de ser convulsivos para convertirse en una nación estable. La influencia norteamericana, que necesariamente traspasa ya la limitada zona del canal y alcanza á todo Panamá, irá creciendo, creciendo...

ADRIÁN DEL VALLE.



«L'ase del poble.»—Escena final del tercer acto

En Valencia ha comenzado bajo excelentes auspicios una temporada de teatro regional valenciano. El alma de esta empresa ha sido el notable escritor Sr. Martí Orberá, secundado admirablemente por gran número de literatos valencianos y eficazmente apoyado por entidades tan importantes como *Lo Rat Penat* y el *Círculo de Bellas Artes*.

Las funciones se dan en el elegante teatro de Apolo por una compañía en la que figuran actrices y actores de indiscutible mérito y la empresa cuenta con un buen número de obras de los más distinguidos escritores regionales.

La inauguración se efectuó el día 1.º de este mes estrenándose *L'ase del poble*, drama en cinco actos original del citado Sr. Martí Orberá. Del artículo que el importante diario de Valencia *Las Provincias* dedicó a esta obra reproducimos los siguientes párrafos:

«El drama del Sr. Martí, comparado con la anterior producción del mismo autor, *L'ombra del siperer*, revela una diferencia favorable, tanto por el estudio de los personajes cuanto por la trama del argumento. Por lo que se refiere a la orientación dramática, parece que el autor no quiere adoptar (acaso por exóticas) las modernas tendencias actuales y permanece más fiel a una castiza tradición española, interrumpida durante al-

gún tiempo. De aquí nace una acción dramática con personajes a usanza regional, es decir, nace el afortunado género que anoche volvió a ver la luz pública en el teatro de Apolo.

«El asunto tiene más color local en virtud de la expresión valenciana; nota simpática esta si las hay, pues oír hablar en valenciano en el teatro y sin que ello sirva solamente para reír, es cosa que debe ser muy alabada. De esa manera es cómo se dignifica nuestra lengua y se hace que no se crea, en conciencia, que el valenciano es dialecto de chabacanerías propio tan sólo para expresar las bajezas plebeyas. Desde este punto de vista hondamente estético, este es el mayor mérito que encontramos en el drama de anoche, pues ello revela la dignificación escénica de nuestra conciencia popular.»

La acción del drama se desenvuelve entre gentes de la población rural contemporánea; los tipos están bien estudiados y el argumento interesa desde los primeros momentos haciéndose el interés cada vez más intenso a medida que el conflicto avanza, en medio de una vigorosa lucha de pasiones, y se resuelve de una manera natural y lógica. Abundan en la obra las escenas de gran fuerza dramática y no faltan tampoco algunas cómicas que forman con aquéllas grato contraste.

El público aplaudió con entusiasmo al final de todos los

TEATRO REGIONAL VALENCIANO

«L'ASE DEL POBLE,»

DRAMA EN CINCO ACTOS DEL SR. MARTÍ ORBERÁ

ESTRENADO CON GRAN ÉXITO

EN EL TEATRO APOLO, DE VALENCIA



Una escena del quinto acto
(De fotografías de R. Moroder.)

actos, tributando calurosas ovaciones al autor y a los actores.

En la ejecución de *L'ase del poble* se distinguieron las señoras Bru, Sánchez, Cola y Martí; las señoritas Nieto y Piquer, la niña Nieto y los señores Martí (J.), Tamarit, Bolúmar, Benítez, Pau, Martí (F.), Grancha, Algarra y Rosas.

Nuestro aplauso más entusiasta a los iniciadores y organizadores del Teatro regional valenciano al que auguramos brillante porvenir, pues Valencia cuenta con escritores de grandísima valía que pueden y deben darle días de gloria y hacerle ocupar en la literatura dramática nacional el alto lugar que le corresponde.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DESPUÉS DE LA SIEGA, por E. Ramírez Angel. — Novela de interesante argumento y cuya acción se desarrolla con naturalidad manteniendo siempre la atención del lector. Los tipos están bien estudiados y sostenidos, el modo de ser de la vida matritense, perfectamente observado y el estilo es fácil, elegante y castizo. Un tomo de 224 páginas editado en Valencia

y Madrid por P. Sempere y Compañía; precio, una peseta.

SOCIOLOGÍA (TÁCTICA SOCIETARIA), por Ubaldo Romero Quiñones. — Colección de artículos en los que se discuten con un criterio radicalísimo los principales problemas que entraña la llamada cuestión social. Un tomo de 212 páginas, impreso en Madrid, en la imprenta Gutenberg; precio, dos pesetas.

ALMANAQUE DE LOS AMIGOS DEL PAPA. 1911. — Un tomo de 160 páginas con interesantes artículos en prosa é inspiradas

poesías y numerosos grabados. Publicado por la *Revista Popular* de Barcelona, se vende á 50 céntimos.

MÉTODO TEÓRICO-PRÁCTICO PARA EL ESTUDIO DE LA LENGUA FRANCESA, por F. T. D. — Nueva edición aumentada de esta obra que contiene debidamente ordenadas reglas gramaticales y observaciones filológicas, temas, versión de textos graduados, ejercicios de conversación y de redacción y explicaciones de los términos nuevos. El libro ha sido editado en Barcelona por la Librería Católica y se vende á 2'50 pesetas.

HANDICAP y STEEPLE-CHASE

Dos preciosas oleografías del malogrado artista D. Horacio Lengo

Nueva tirada ofrecida á los señores subscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con el 50 por % de rebaja en el precio.

Precio de las dos oleografías: 3 pesetas * PRECIO PARA NUESTROS SUBSCRIPTORES: PESETAS 1'50

Puede hacerse el pedido directamente á esta Casa editorial, ó por medio de nuestros corresponsales.

A los pedidos que se nos hagan de provincias les cargaremos el importe de franqueo y certificado.

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todas los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub. Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN